

**Educación y literatura como condición para la conformación
de la ciudadanía mexicana posterior a la independencia.**

Cinco textos de 1832-1850

Amaranta Michelle Rosas Reinhold

Asesor: Rafael Mondragón

Tesis para obtener el título de licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

Colegio de Letras Hispánicas

México D.F. 2014



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A los estudiantes de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro
Burgos, de los que tenemos mucho que aprender*

[Bien: yo respeto]

*Bien: yo respeto
A mi modo brutal, un modo humilde
Para los infelices, e implacable
Para los poderosos, yo respeto
Cuanta desdicha, en ropas de amargura,
sufre de hambre de boca y hambre de alma.
Verso duro, es verdad; verdad muy dura:-
Tal como es la verdad, tal es el verso.
Yo no sé de dorados y barnices.
El vil es vil, aunque reparta honores,
Aunque dé caviar a los hambrientos
En manteles manchados a la inversa
Aunque en la blanca superficie ostenten
Sobre un albor de leche plata pura:
Mi corazón está con los que sufren!
[...]*

José Martí

Agradecimientos

Agradezco infinitamente a Ingrid Reinhold, que me ha apoyado incondicionalmente a lo largo de todos mis estudios. Por mostrarme cómo ser una mujer fuerte y valiente, por enseñarme a no decaer ante nada.

Agradezco también a Balam Rosas, por su compañía y su sonrisa en las noches de desvelo en las que soñamos juntos, al lado de los gatos. Gracias a Isaura Rosas, por estar conmigo estos 25 años, por ser mi guía y mi amiga, por conocerme y ayudarme bajo cualquier circunstancia.

Gracias a Rubén Rosas, por enseñarme del valor, la constancia y la fuerza que se necesita para lograr lo que a uno le hace feliz.

Gracias también a Pablo Córdova Paczka, por estar en esta última parte del camino, por acompañarme y creer en mí.

No puedo dejar de sentirme agradecida con mis amigos de la vida, a los que les debo mucho de lo que hoy soy: a Nantzi Olguín, a César Alvarado, a Gonzalo Amozurrutia, a Darío Camacho. Gracias a todos ellos por su ayuda y su compañía, siempre, y bajo cualquier circunstancia.

También quiero agradecer a Paola Lazcano y Damián Meléndez por compartir las aulas y el conocimiento, y más tarde por su amistad y cariño incondicional.

Agradezco a Michel Reinhold, que desde muy lejos me enseñó el amor por el conocimiento y el estudio.

Finalmente agradezco a los profesores que me ayudaron en la elección del tema y en la construcción de este trabajo: Mariana Ozuna y Rafael Mondragón. Sin ellos este trabajo no hubiera sido posible.

Gracias a la Universidad Nacional Autónoma de México y a la Facultad de Filosofía y Letras por haberme brindado los conocimientos y herramientas que ninguna otra universidad me pudo haber otorgado.

Índice

Introducción

Capítulo 1. _ Civilización y progreso. Borrar el pasado colonial para reescribir la historia de Latinoamérica.

1.1 En términos generales

1.2 Los sujetos de la modernidad

1.3 América latina y México

1.4 Los hombres de letras y sus discursos

Capítulo 2. _El hombre de letras y la literatura en la transformación de las ideas.

2.1 Los hombres de letras como grupo social

2.2 Un concepto de literatura

Capítulo 3. _ Educación y cultura: elementos necesarios para la creación de ciudadanos

3.1 El ciudadano moral

3.2 La enseñanza y los ciudadanos

3.3 Educación e instrucción

Conclusiones

Bibliografía

Es imposible enjuiciar la literatura de nuestro tiempo si no se lo hace en relación con la crisis general de la civilización, crisis que no es meramente la crisis de un sistema económico sino el colapso de toda una concepción del hombre y de la realidad. Y la novelística actual está entrañablemente ligada a este drama, tanto por ser un testimonio del hombre que lo está sufriendo como por ser una rebelión del escritor contra la sociedad que se derrumba.

Ernesto Sábato, *El escritor y sus fantasmas*

Introducción

El siglo XIX mexicano estuvo marcado por diversas vertientes políticas, económicas, sociales y culturales. Fue a partir de la revolución de Independencia y en los años posteriores que se empezó a buscar en todos los ámbitos la reconstrucción de la nación mexicana y al mismo tiempo la creación de una cultura.

La consumación de la independencia produjo, entre otras cosas, un entusiasmo y regocijo cultural que se reflejó en la obra de poetas que compusieron odas, sonetos y canciones, marchas y coplas alusivos a la patria liberada. La idea de que la literatura y el arte en general eran expresiones de alto grado de civilización de un pueblo, siguiendo los cánones europeos que consideraban que la creación cultural y nacional sólo se gestaba en países civilizados, originó la búsqueda de un estilo propio para demostrar al mundo la existencia de un nuevo estado-nación, conformado mediante estructuras sociales y políticas que lo legitimaban, como establecer una constitución y leyes, crear un sistema educativo que mostrara el proyecto de las distintas clases políticas, la conformación de un sector ciudadano, etc.

Una vez ganada la independencia fue necesario dar estructura al nuevo estado y consolidar el dominio que reclamaba como propio, redactar códigos e instaurar una educación pública que enseñara al pueblo la nueva forma de pensar de la nación. Pues la Independencia “había creado de hecho las nuevas nacionalidades; pero al identificarlas les había propuesto el arduo problema de esbozar urgentemente su personalidad peculiar

y diseñar el itinerario posible de su marcha futura”¹. Para ello, los intelectuales de las facciones políticas en ese momento existentes, empezaron a hacer distintos proyectos acerca del nuevo gobierno con el que el país se iba a gobernar. También se hicieron proyectos de Constituciones y de leyes que el país necesitaba: “planes para el fomento a la agricultura, la ganadería, la pesca, la minería, el comercio y la hacienda pública; diseños para hacer más humanas las condiciones del trabajo, para aumentar la población y esparcir la educación y la salud”², pues estos elementos eran propios del gobierno que se empezaba a instaurar en México; sin embargo, casi ninguno de estos proyectos miraba de forma realista la situación y la realidad mexicana. Casi ninguno se dio cuenta de la falta de recursos naturales, la escasez demográfica y del desplome económico, la desorganización social y los problemas políticos que generó la lucha de independencia³.

Después de más de tres décadas de vida independiente, “México, aporreado, andrajoso, sin cohesión nacional, sin paz, sólo podía exhibir con orgullo a sus intelectuales. En medio de la borrasca, la “gente de pensamiento” logró mantenerse en forma y capaz de osadía y sacrificio.”⁴ Fue precisamente la “gente de pensamiento” la que se vio integrada en la reorganización del Estado y la reestructuración de los ideales políticos y sociales que las diferentes ideologías requerían, pues

si se piensa en el siglo XIX, no podrían describirse adecuadamente ni el proceso de la independencia, ni el drama de nuestras guerras civiles, ni la construcción de los estados nacionales, sin referencia al punto de vista de los hombres de saber, a los letrados, idóneos en la cultura escrita y en el arte de discutir y argumentar⁵.

Eran ellos los creadores de las ideas que la sociedad recibiría por medio de mecanismos precisos que dictaban el deber de los ciudadanos en la nueva conformación de la nación.

¹ José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 173.

² Daniel Cosío Villegas, *Historia mínima de México*, p. 96.

³ *Ibid*, p. 106.

⁴ *Ibid*, p. 107.

⁵ Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, p. 9.

Carlos Altamirano decía acerca de esto que la función de esas élites dentro del sistema de poder era “producir discursos de legitimación del orden social, incluida la definición de la cultura legítima”,⁶ que no era otra que la de los mismos letrados, dicho de otra manera, aprovecharon el reacomodo del campo de poder para convertirse en rectores de lo artístico y con ello propagar un tipo de práctica poética y unas nociones de lo que significaba la literatura en su tiempo⁷.

La literatura fue una de las herramientas de las que se valieron algunas facciones políticas para plasmar su ideología, para demostrar la necesidad de una educación que enseñara a los mexicanos la nueva construcción nacional, y para convertir a los hombres en ciudadanos capaces de vivir en una sociedad “civilizada”.

Aquellos hombres de letras interpretaron su presente y sus actividades escriturarias, como parte de un proceso que aseguraría la consolidación de una política en la que imperaba la visión civilizatoria. Sin embargo, era evidente que el país estaba lejos de alcanzar esos estándares: el proyecto de nación era urgente, pues sólo mediante éste podrían ser considerados como una nación moderna, nueva, avanzada y en desarrollo.

A pesar de las fallas de la economía y los tropiezos políticos en las sucesivas discusiones para elegir el tipo de gobierno, en el campo de las ideas y de las letras hubo grandes pensadores, escritores y novelistas, algunos de ellos fueron Joaquín Fernández de Lizardi, Manuel Eduardo Gorostiza, Quintana Roo, Pesado y Carpio, Calderón y Rodríguez Galván. Por otra parte, uno de los espacios más socorridos fue el de los periódicos y folletines, género de mucha importancia para el siglo XIX por la forma en que las ideas, políticas en un principio y de opinión y arte más tarde, fueron

⁶ *Ibid*, p. 18.

⁷ Luis Fernando Barajas, tesis de maestría, “Una plutocracia literaria: crónica, crítica y poder en el modernismo mexicano”, p. 8.

presentadas, los de mayor circulación en la época fueron *El Sol*, *El Águila Mexicana*, *El Tiempo* y *El Universal*.

La filiación política de los escritores no sólo se percibía en los textos doctrinarios y de combate, también en la historia y la filosofía, los estudios eruditos y la crítica, la poesía y la novela, reflejaban las ideologías políticas que en ese momento defendía cada facción⁸, además, no existía una incompatibilidad entre su vocación por la literatura y sus otras actividades profesionales, eran hombres con un conjunto de conocimientos necesarios para servir al Estado y a la Nación; puede entenderse así que muchos de aquellos hombres de letras formaran parte del gobierno y de los proyectos del Estado, se mostraban comprometidos con el proceso civilizador y con el bienestar del país, por eso muchas veces apelaron a la creación de instituciones formadoras de artistas y estudiosos que el país requería, al fomento a la lectura mediante el establecimiento de escuelas, academias, bibliotecas públicas, así como a la enseñanza de

⁸ Según Fernando Escalante Gonzalbo, en los últimos dos siglos, la organización política de América Latina se ha formado por tres vertientes principales de pensamiento, son tradiciones que en su conjunto forman parte de los que hoy es el sistema de gobierno pero también el sistema moral que se ha impuesto para los ciudadanos contemporáneos. Según el autor, por un lado se encuentra la tradición republicana que tiene sus antecedentes en Maquiavelo; esta tradición dice en términos generales que la vida pública tiene valor propio, tiene su moralidad, sus normas, vigentes aunque sean contrarias a las ideas de la moral cristiana. Esta tradición se guía por la confianza en la virtud de los ciudadanos y la convicción de que existe un *bien público* más allá de los intereses particulares.

Por otro lado, se encuentra la tradición liberal, la cual se concentra en las garantías individuales, en la tolerancia y en la necesidad del respeto hacia el orden jurídico. El fundamento de la moral pública en este caso es el respeto al individuo.

Por último se encuentra la tradición democrática, ésta exige la participación de la *justicia* y el *autogobierno* y no debe ser confundida, según el autor, con el liberalismo: “Es importante reparar en esa incompatibilidad, y no por sutilezas conceptuales. El conflicto entre ambas tradiciones produjo la mayor parte de los equívocos y de las frustraciones de los liberales mexicanos del XIX.” Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios*, pp. 33-35; por otra parte, Félix Ovejero, en su libro *Incluso un pueblo de demonios: democracia, liberalismo, republicanism*, dice acerca de las tradiciones políticas, que la democracia es ante todo una forma de gobierno, un sistema en el que se toman decisiones, mientras que el republicanism y el liberalismo son ideales políticos con un conjunto de principios normativos “que sirven como guías de acción y de valoración en los procesos sociales. La democracia, por así decir, se sitúa del lado de los hechos, de la historia, y el liberalismo o el republicanism del lado de las ideas, de los principios.”, por lo tanto no pueden estudiarse estos tres conceptos como iguales, pues la democracia se encuentra de distintas formas tanto en el liberalismo como en el republicanism. p. 352.

las letras, pues eran parte fundamental en la consolidación de la nación, por medio de ellas la *calidad* de la sociedad alcanzaría el nivel de un país en progreso:

la actividad literaria mexicana del siglo pasado estuvo acompañada por una amplia reflexión de quienes ejercieron el oficio de escritor y contribuyeron a darle una especial dimensión entre las actividades humanas, mayormente resaltando su utilidad y su importancia para mejorar a la sociedad [...].⁹

Ellos creían que por medio de la literatura y de los preceptos liberales la sociedad mejoraría, y para ello la enseñanza y la literatura eran en especial elementos a los que les encontraron un sentido didáctico, pues la ilustración general de la sociedad era la garantía de la dignificación de los nuevos mexicanos que eran parte central del gran proyecto nacional, además, consideraban que la instrucción garantizaría el acatamiento de las reglas y del orden establecido, que la sociedad conocería sus derechos, pero sobretodo, que llevaría a cabo sus deberes y obligaciones sociales; educación e instrucción “esto es, aprendizaje de nociones modernas y de cosas útiles, e incorporación de principios ilustrados que sustituyeran a los prejuicios adocenados de la gente vulgar. Sólo así se podía ser un hombre útil a la sociedad”¹⁰.

Debido a que estos hombres de pensamiento no sólo dedicaron su vida a la escritura sino al intercambio y discusión de ideas en general, se vieron en la tarea de reorganizar la administración del país mientras trataban de imponer el tipo de gobierno y las ideas políticas que cada facción sostenía y al mismo tiempo crearon una cultura que expresara la nacionalidad naciente.¹¹

Los letrados liberales se sintieron con el deber intelectual y moral de ocuparse de la enseñanza de la sociedad, porque por medio de ella respaldaban las ideas acerca del bienestar social, de los derechos de los hombres y de la libertad que ellos y su política

⁹ Jorge Ruedas de la Serna, *La misión del escritor*, p.8.

¹⁰ José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 168.

¹¹ *Historia general de México*, p. 709.

otorgaban, “además de la instauración de una legislación laica y liberal, y sobre todo, el desarrollo de la instrucción primaria para alfabetizar a las masas ignorantes”¹².

Para alcanzar el estatus de progreso que buscaban los liberales era necesario contar con ciertos elementos que tenían las sociedades que en ese momento eran llamadas “avanzadas” o en “progreso”, pero que además estaban dominadas por un Estado fundamentado en una educación igualitaria, el apego a las leyes, una constitución escrita, ciudadanos con derechos, etc.

La necesidad de ciudadanos también se sustentaba en un tipo de gobierno que requería de ellos para alcanzar el rango de país civilizado, y de un tipo de gobierno que los hombres de letras liberales defendían. Esta necesidad social de tener hombres que funcionen dentro de un orden ciudadano se gesta en un tipo de gobierno y en un sistema económico que necesita que la sociedad se maneje de acuerdo a sus principios, existía “la necesidad de ajustar las exportaciones a las demandas del mercado internacional [que] regía la conducción de la política internacional y, naturalmente, la política interior, en la cual la regulación de los grupos sociales era un punto fundamental.”¹³

Para la reorganización económica que el país vivía era necesario adherirse a los principios del libre comercio porque de otra forma no se ajustaba a las “naciones civilizadas”, donde las leyes debían ser comunes con derechos iguales, pero también porque la libertad de comercio no sólo era una invitación al enriquecimiento, sino también al desalojo del monopolio de que disfrutaban ciertos grupos¹⁴.

Para esto, México suscribió tratados con los países europeos, de amistad, comercio y navegación que regulaban el libre tránsito de mercancías importadas y de exportación¹⁵. José Luis Romero habla acerca de este momento de la historia y dice que

¹² José Luis Romero, *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, p. 33.

¹³ *Ibid*, p. 18.

¹⁴ *Ibid*, p. 26.

¹⁵ Alicia Hernández Chávez, *México, una breve historia*, p. 187.

a pesar de que los preceptos de esta ideología eran encabezados por una constitución, una democracia y una educación primaria, “La preocupación por las instituciones liberales, por la educación, el gusto por la literatura y por las formas refinadas de vida, todo ello no era sino la espuma de una vehemente preocupación por la riqueza”; sin embargo, sus preceptos acerca de su forma de gobierno tendían (al menos eso decían sus discursos), a la instauración de una legislación laica y liberal y al desarrollo de una instrucción primaria para alfabetizar a las masas consideradas por ellos ignorantes; estos preceptos se convirtieron en los objetivos fundamentales de los promotores del cambio en el que “El progreso fue la voz de orden.”¹⁶

Es importante resaltar que esta ideología tiene que ver con necesidades económicas y políticas con el fin de alcanzar el tipo de Estado que en ese momento cierto sector buscaba. Era necesaria una enseñanza acerca de esta nueva forma en la que debían ser, actuar y pensar las personas que formarían parte del proyecto liberal. El ciudadano, entre otras cosas, debía conocer sus leyes, tenía que saber leer y escribir y así comprender de manera adecuada sus derechos y también sus obligaciones, pero además, el ciudadano debía hacerse, porque “no es algo “natural”, sino el resultado de un proceso cultural en la historia personal de cada uno y en la colectiva de una sociedad.”¹⁷

Podemos decir entonces que la ciudadanía fue una invención creada para satisfacer la realidad política y social del momento, por ello, formar al ciudadano se convirtió en uno de los elementos fundamentales del proyecto nacional del pensamiento liberal. Cuando la fuerza de las élites regionales se vinculó con los pueblos de sus respectivas zonas, y al darse cuenta que de la fuerza de ellos dependía su autonomía e independencia, la educación se volvió de suma importancia, pues de ella dependía la

¹⁶ José Luis Romero, *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, p. 35.

¹⁷ Hilda Sabato, *Ciudadanía política y formación de las naciones*, p. 33.

creación de sus ciudadanos, los cuales tienen que ver con atributos de universalidad, igualdad e individualidad¹⁸ que se fueron creando paulatinamente al paso de constituciones¹⁹ y de una nueva concepción de la sociedad y de la política.

Esta forma de pensar para la que eran necesarios sujetos que aún no existían, condujo a idear mecanismos que hicieran ciudadanos y “suponía la extensión de formas modernas de sociabilidad que fueron los lugares privilegiados de elaboración, aprendizaje y asimilación de los imaginarios y las prácticas políticas modernas”²⁰. El ciudadano ideal necesitaba aprender a leer, convertirse en un “hombre de bien” que pudiera ofrecer a su nación conocimientos y al mismo tiempo adquirir otros, es por eso que la educación se volvió la parte medular del proyecto nacional, porque según esta doctrina que se remonta a antecedentes e ideas de la Ilustración, el conocimiento escolar aumentaría el grado de civilización del país, le mostraría al hombre el camino de las leyes y de la Constitución, bases del nuevo tipo de gobierno; pero además porque si existían ciudadanos, era porque en realidad existían ciudades, los centros más importantes de los países, el núcleo formal donde el gobierno encabezaría al país y le daría el orden que tanto le había faltado.

Las ciudades funcionaron y aun hoy funcionan como los centros de poder, “era la forma más alta que podía alcanzar la vida humana, la forma “perfecta”, según había sostenido Aristóteles y lo recordaba a mediados del siglo XVI fray Bartolomé de las Casas”²¹. Pero además, la ciudad era importante no sólo por las relaciones políticas y económicas que se deban dentro de ella: la ciudad es el símbolo del avance, del

¹⁸ *Ibid*, p.41.

¹⁹ Ellas no estaban destinadas a garantizar unas y otras prioridades y libertades, sino a crearlas fundando una nueva sociedad basada en aquellas leyes que se iban dictando y las formas de vida que, como trabajaré más adelante, fueron definidas por medio de las letras y los hombres que se privilegiaban por éstas.

²⁰ Hilda Sabato, *Op.cit.*, p. 60.

²¹ José Luis Romero, *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*, p. 11.

desarrollo de las sociedades, de la unión de las diferentes virtudes que debía tener una cultura. España, por ejemplo, imaginó su imperio colonial por medio de una red de ciudades y afirmaba una misión. La fundación, más que erigir la ciudad de forma física, creaba una sociedad que funcionaba de acuerdo a ideologías específicas. Las ciudades “esbozaba[n] el delineamiento de su función real: la que la ciudad estaba constreñida a cumplir, la que la ciudad podía cumplir y la que la sociedad urbana quería cumplir.”²²

Pero para que la ciudad terminara de realizar su cometido hacía falta una pedagogía que se otorgara en las escuelas y que mostrara la simbología, las ceremonias y las formas y usos del modelo para crear a la nación y difundir la imagen del ciudadano moderno y, sobretodo, de la responsabilidad que cada hombre cumpliría como sujeto de la ciudad.

La educación era una forma de socializar y distribuir las ideas formadoras para conformar esa sociedad y ésta sólo podría realizarse en su totalidad cuando existieran ciudadanos plenos y una educación que prepara a los mexicanos para servir a la nación, pero que además les introdujera en el terreno de las ideologías basadas en el concepto de nación y de pertenencia a una de ellas. Esta necesidad por parte de la élite liberal de educar a las masas no sólo fue un asunto de interés en México sino en toda Latinoamérica, pero en México, especialmente, la idea de que la sociedad aún no estaba preparada o lo bastante educada para practicar de forma correcta los principios liberales se debió a que en el país, la presencia de la población era en gran parte india²³, considerada incapaz o inculta para practicar de forma positiva los derechos que se habían conquistado desde la independencia. Por ello es tan importante la literatura que se gestó a partir de este sistema político, pues gracias a ella se fincaba el ideal de la “nación”, el que existiera formaba parte de una estrategia ante un Estado que en la parte

²² *Ibid*, p. 16.

²³ Hilda Sabato, *op.cit.*, p. 62.

política y económica aún no se concretaba, pero además la literatura funcionaba como un nuevo mecanismo que borraba el pasado colonial y empezaba la historia de la nación desde el momento de la independencia: “Lo importante era destruir el pasado, destruyendo a quienes lo representaban, a sus defensores, y también a los tibios que se resistían a sumarse a la acción revolucionaria que, por omisión, la obstaculizaban.”²⁴

En los escritos de la época puede verse cómo, por medio de la pluma, las ideas se formaban y se dirigían para funcionar en el nuevo proyecto nacional, que entre otras cosas, abarcaba el *saber* y la educación como un aliciente para la conformación de la sociedad civilizada, en progreso, que más tarde se llamaría modernizada, sociedades alejadas de las antiguas costumbres, de las formas de vivir y de pensar, y que se encaminarían a una nueva forma de ser y actuar en la sociedad reciente. Los intelectuales hacían explícita la idea “bárbara” e “irracional” del que no era europeo: el comportamiento, sus maneras y sus formas distintas de pensar los hacían distintos, los hacían ser lo otro, lo incorrecto, por lo que era necesario encaminarlos hacia la civilización y el saber; de esta forma se sustentaba su deber moral y social de otorgarle al pueblo el conocimiento adecuado a una sociedad poco *civilizada*, sin ningún tipo de progreso y que estaba lejos de encontrarse en desarrollo.

Recordemos, sin embargo, que su necesidad de elevar el rango de la sociedad a una más desarrollada, no sólo nacía de un proceso espiritual o sentimental del pertenecer a una nación, esa idea nacionalista que se nos ha enseñado en los libros de texto y que a lo largo de la historia, la misma historiografía nos ha mostrado, sino también a la necesidad de estabilizar y concretar la estructura política y económica que necesitaba tanto a los ciudadanos que acataran las leyes de la Constitución, como a los

²⁴ *Ibid*, p. 76.

hombres de letras que cristalizaran estas ideas y las introdujeran en el pensamiento ciudadano por medio de sus escritos.

Los hombres de letras se dieron cuenta de que la eficacia de su proyecto tenía mucho que ver con la educación y de la enseñanza al pueblo, “la filosofía de la Ilustración era suya, puesto que había sido elaborada por grupos homólogos europeos, más maduros y más sólidamente establecidos en la estructura económica, sin duda”²⁵ y por medio de ese pensamiento respaldaban las acciones que llevaron a cabo para lograr su cometido.

Eran ellos quienes utilizaban la escritura como herramienta para materializar sus ideas políticas, su pluma dictaba las normas, las leyes y la guía que debía seguirse para llegar a conformar el país como una nación civilizada. Eran las letras el instrumento que no sólo concretaba en un papel las normas de gobierno y las pautas para comportarse, era también el depositario de una serie de elementos que en ese momento se creían imprescindibles si se quería llegar al estatus de país civilizado.

Para mostrar cómo sucedió este proceso en el cual los intelectuales de pensamiento liberal se asumieron como responsables de concretar las ideas del progreso nacional y de la educación de la ciudadanía, analicé cinco discursos que a mi parecer fueron los que mostraron de forma concreta esta ideología, la cual miró en la educación la base para introducir un mapa imaginario que formaría el pensamiento de la ciudadanía y por ende, de la nación. Estos discursos son una selección de la compilación de ensayos mexicanos llamada *La misión del Escritor*, de Jorge Ruedas de la Serna, los cuales prueban que la actividad literaria en México del siglo XIX estuvo acompañada por la

²⁵ José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, pp. 161-162.

reflexión de quienes eran escritores, los cuales le atribuyeron a las letras una importancia para el mejoramiento de la sociedad y de su entorno como nación.

Mi hipótesis se desarrolla a partir de los discursos analizados, en los cuales se expone la idea de que sólo por medio de la educación escolar y de la enseñanza de una literatura nacional (además de la democracia, los derechos ciudadanos y las leyes), la sociedad mexicana saldría del estado de barbarie en que fue encontrada por los españoles y más tarde conquistada, para llegar a una más desarrollada, conformada por una ciudadanía capaz de alcanzar en muchos aspectos a las otras, a las que estaban en Europa, sobre todo Francia e Inglaterra; además, encuentro en esta ideología el aspecto en el cual los hombres de la época y de ciertas ideologías políticas intentaron borrar todo vestigio del pasado colonial, como si antes de la Independencia no hubiera existido ni cultura, ni historia, ni sociedad digna de recordarse o de aprender, y que era necesario empezar desde el inicio, creando a la par del nuevo Estado, una cultura y una sociedad capaz de conformarse y de ser vista frente al mundo como una nación en progreso y desarrollo, y también a partir de la nueva conformación de Estado, formar *la historia de México verdadera*, la que se contaba a partir de la liberación colonial y de la emancipación de la península.

Este aspecto acerca de la determinación de qué hechos pertenecen a *la historia* y cuáles no, me parece de mucha importancia, pues es a partir de ello que se explica que en algunas historiografías literarias del país²⁶ y de América Latina, e incluso las líneas

²⁶ José Luis Martínez divide el siglo XIX en cuatro periodos que abarcan hechos sociales, políticos y culturales a lo largo de la centuria. Los primeros tres son principalmente periodos que formaban parte de las consecuencias de los acontecimientos nacionales que respondían a necesidades sociales y políticas y son en realidad los periodos que, según el autor, marcaron al siglo, ya que el último periodo está más orientado ya hacia la ideología y pensamiento del XX.

El primero periodo abarca los años de 1810 hasta 1836, éste estuvo marcado principalmente por la guerra de Independencia, es por eso que de alguna forma apareció la literatura de combate o insurgente y se inició la nueva literatura que trataba de temas patrióticos.

El segundo periodo inicia en 1836, fue en este lapso donde sobresalieron ideólogos que finalmente definieron las dos posturas políticas que dominaron el siglo, los conservadores y los liberales. En este periodo se agrupa la primera generación del romanticismo mexicano que aparece e inicia en la

del tiempo que marcan el inicio de la cultura mexicana, lo hagan a partir de consumada la Independencia y no anterior a ella, la cultura que precede a la colonia formó parte de la enseñanza escolar, pero en realidad se nos hizo creer que no formaba parte de nuestro pasado; de la misma manera sucede con la literatura preliminar a la Independencia, en la cual los autores anteriores a ella no eran considerados como exponentes de las letras mexicanas; esto es entendible, claro está, cuando se pensaba que la historia de México iniciaba en la primera década del siglo XIX y no anterior a esta fecha .

A partir del compromiso social de los intelectuales frente a la nueva nación, así como la creación de las ideas, de las leyes y de los documentos de México, se hizo necesaria una educación que ellos defendieron como necesaria para avanzar con ciudadanía pero que además estructuraría de forma general el pensamiento de los mexicanos.

Me parece de suma importancia este tema debido a que a partir de este momento histórico se le confiere a la literatura, a la cultura y a la educación, la tarea preponderante de formar al hombre ciudadano dentro del proyecto nacional del siglo XIX mexicano y latinoamericano.

Academia de Letrán, donde la importancia de la literatura radicaba en la expresión del paisaje y de las costumbres nacionales. Es en este mismo periodo cuando se inicia la novela sentimental y folletinesca, además, empieza a surgir el teatro. Desde 1841 hasta 1844 se publicaron *El siglo XIX* y *El Monitor Republicano*, los dos periódicos que cubrieron el resto del siglo; se establecieron asociaciones literarias y artísticas y se publicaron diversidad de revistas que trataban temas políticos y sociales conjuntos a las letras.

El periodo de los años de 1867 a 1889 inició a raíz del triunfo de la república liberal; en este momento inicia la empresa nacional de integración cultural en donde la literatura, el arte, la ciencia y la historia se cultivaron con laboriosidad tanto por liberales como por conservadores, sin embargo, el cambio cultural no se realizó en este periodo, ya que no hubo una sustitución de ideas o de normas culturales sino el fortalecimiento del antiguo impulso.

El último periodo inició en 1889 con la ruptura del arte y la sociedad y con el surgimiento de una nueva generación que impuso un cambio radical de las ideas estéticas. Este periodo se caracteriza porque en él sólo existen cambios de índole cultural. Inicia el modernismo, primer movimiento literario y artístico en el que Hispanoamérica tiene su propia voz y no sigue a la corriente española. Al mismo tiempo, mientras las letras se modernizaban, se transformaban también costumbres e instrumentos de expresión cultural característicos de los periodos anteriores.

Elegí el periodo que abarca los años de 1832 a 1850, intervalo de tiempo marcado por las sobresalientes posturas ideológicas que dominaron el siglo en el campo de las letras y en el cual los autores de los discursos que utilizo expusieron con mayor fuerza su doctrina acerca del tema.

Los discursos de los letrados con los cuales trabajé son: “De los beneficios del cultivo de las ciencias y las artes” escrito por Tadeo Ortiz de Ayala²⁷ el cual es un fragmento de un capítulo de su obra *México considerado como nación independiente y libre o sean algunas indicaciones sobre los deberes más esenciales de los mexicanos*, escrita en 1832; el discurso llamado “Carácter y objeto de la literatura” de José María Lafragua²⁸, leído en la sesión inaugural del Ateneo Mexicano, en 1844; el texto “Utilidad de la literatura en México” de Luis de la Rosa²⁹, el cual también fue leído en 1844 como parte de las sesiones dominicales del Ateneo Mexicano, este discurso fue parte de una de las cátedras sobre ciencias y artes que dictaban sus miembros a la gente que acudía al centro cultural; “Sobre el porvenir de la literatura” de Francisco Ortega Martínez³⁰, texto que al igual que los dos anteriores, fue leído en el Ateneo Mexicano en el año de 1844; y finalmente el “Discurso sobre el objeto de la literatura” de Francisco

²⁷ Fue un político que nació en el año de 1780 y murió en 1833; estudioso de geografía, estadística y economía política, por lo que tuvo las bases para analizar los problemas socioeconómicos de México, producto de sus estudios es su obra *México considerado como nación independiente y libre o sean algunas indicaciones sobre los deberes más esenciales de los mexicanos*, escrita en Burdeos, a donde fue enviado como cónsul de México por Vicente Guerrero en 1829, de esta obra se desprende el texto que yo utilizaré para mi trabajo, el cual es un fragmento de uno de los capítulos de su obra.

²⁸ Nació en 1813 y murió en 1876. Fiel al liberalismo mexicano, emprendió el proyecto de fundación de la Biblioteca Nacional e instrumentó el funcionamiento del Archivo General de la Nación. En 1864 reglamentó los derechos de autor, editor, traductor y artista. El texto que utilizo en el trabajo fue leído en la sesión inaugural del Ateneo Mexicano.

²⁹ Nació en el año de 1804 y fue miembro de la legislatura de Zacatecas y colaborador del gobernador, combatió al general Santa-Anna y señalaba el origen del verdadero México a partir de la Independencia. Su texto fue leído en el Ateneo Mexicano. Murió en 1856.

³⁰ Nació en 1793 y murió en 1849. Aparte de su actividad literaria, desempeñó varios puestos públicos a lo largo de su vida. En 1822 fue elegido al primer Congreso Federal, donde expuso sus ideas federalistas. Entre 1831 y 1832 fue diputado al Congreso Nacional; en 1843 fue integrante del comité legislativo que redactó la Constitución política de ese año. Su discurso fue leído en el Ateneo Mexicano en abril de 1844.

Zarco³¹, escrito en 1850. La selección de estos textos se debe a que ellos definen de forma clara una de las corrientes político-filosóficas que se gestaba en México después de la Independencia.

Me pareció pertinente utilizar el género de los discursos debido a que este tipo de texto contiene ideas que en otros estilos no pueden ser vistos de manera tan clara, en los discursos los autores pueden defender su postura por medio de la oratoria; su importancia radica en que fueron escritos para ser leídos o escuchados en cierto lugar y para ciertas personas, tenían el claro propósito de ser mostrados a un público y con intenciones bien definidas, las cuales, según mi opinión, eran justamente la clave para demostrar la necesidad de una enseñanza y de una educación literaria repartida a la ciudadanía para lograr su proyecto político, pero que además reafirmaban el propósito de utilizar ciertos mecanismos en la sociedad para cambiar la forma de pensar y de comportarse en la nueva nación.

Este tipo de intervención política en el pensamiento de los hombres fue muy fuerte en el siglo XIX: el ensayo de discusión política fue el género que convocó a casi todos los letrados y publicistas del continente entre 1807 y 1880. Este tipo de texto estuvo casi siempre puesto en circulación en las páginas de los periódicos, antes de ser reeditado bajo la forma de folleto, los poetas, los abogados, los curas, los médicos³², todos ellos, si deseaban intervenir en los debates contemporáneos debieron aplicar su pluma a la discusión política.

³¹Nacido en 1829, fue titular de la Secretaría de Relaciones lo nombró oficial mayor; su trayectoria como periodista fue relevante: escribió *Álbum Mexicano*, fundó *El Demócrata*, fue director de *El Siglo Diez y Nueve*, de 1851 a 1855 se encargó de la revista literaria *La Ilustración Mexicana*. Murió en 1869. Perteneció al Liceo Hidalgo, primera asociación con reconocimiento oficial. El discurso que usaré fue pronunciado cuando Zarco tomó posesión de la presidencia del Liceo Hidalgo en junio de 1851.

³² Carlos Altamirano, *op.cit.*, p. 46.

El ensayo de discusión política fue el género central en la producción intelectual del siglo XIX, “podía abarcar desde obras de carácter claramente periodístico [...] hasta obras más complejas que a veces se solapaban con el naciente género de la historia patria”³³.

El trabajo está dividido en tres capítulos, los cuales a su vez tienen diferentes divisiones según los temas que se fueron abordando a lo largo de la investigación y que me pareció pertinente aclarar al paso del texto; el primer apartado llamado “Civilizar para progresar” se dedica a explicar el concepto de modernidad en América Latina y México, así como a tratar de relacionar la necesidad de progreso y desarrollo de la nación según la doctrina liberal, con la necesidad de una educación para la sociedad; los liberales justificaban así su búsqueda del bien común y el desarrollo de la *civilización* y del *saber* del pueblo mexicano; el segundo apartado llamado: “La literatura nacional como condición para el progreso”, trata de explicar la manera en que era vista la literatura en esa época y al mismo tiempo intenta definir *literatura* según los términos y significados de la época, pues hay que recordar que la noción que hoy se tiene acerca de qué es o no literatura ha cambiado al paso de los hechos históricos y del tiempo, y también cambia según el lado de la historia que la haya contado; además, en ese capítulo describo el trabajo que los letrados de la época hacían y lo que sus discursos decían para apoyar la idea de una necesidad educativa para la nación; por último, un tercer apartado se dedica a la explicación de la educación para la creación del sector ciudadano, estrato necesario para el tipo de gobierno que los autores defendieron, así como la relación que se guarda entre la enseñanza escolar y la enseñanza de una cultura específica con intenciones bien definidas.

³³ *Ibid*, p. 46.

Cabe señalar que este trabajo está dedicado al pensamiento liberal, ya que los autores de mi elección son en su mayoría fervientes creyentes de esta ideología política, pero además hice esta selección porque ellos son finalmente los que defienden con sus discursos el tema que desarrollo, fueron ellos los que confiaron en una educación, en la creación de una literatura y en el fomento de una cultura para forjar la nueva nación; no por eso olvido que existieron otras ideologías en el siglo XIX además del liberalismo y que el propio pensamiento liberal estuvo dividido por distintas ideas³⁴ acerca de la libertad, la democracia, la educación y la iglesia. Doctrinas diversas le dieron a la literatura otras direcciones y le otorgaron la confianza en el mejoramiento del país a otras acciones y actividades, tuvieron otra visión acerca de la enseñanza de las letras y la educación; incluso hombres que se consideraban liberales, pudieron haber optado por otras formas de cambiar al país y mejorarlo por otras vías:

En el pensamiento político mexicano del siglo pasado dominan indudablemente algunos de los temas básicos de la tradición liberal: la exigencia de una delimitación legal, rigurosa del poder político; la defensa de derechos y libertades individuales que tienen un lugar más o menos decisivo en el orden jurídico; la idea de la representación política como fundamento de la legitimidad; una acusada vocación laica, secularizadora e incluso anticlerical. Sin embargo, dichas ideas aparecen entreveradas con otras, mezcladas con una práctica y con una estrategia políticas que no sólo son distintas, sino opuestas a ellas.³⁵

³⁴ José Antonio Aguilar Rivera, por ejemplo, hace una distinción de tres etapas de liberalismo en México a lo largo del siglo XIX mexicano. El primer momento lo describe como la era de Constant y del consenso liberal que va de 1820 a 1840 en que las naciones hispanoamericanas fueron influidas por el ambiente político e ideológico de la Europa de la Restauración. La corriente más influyente fue el liberalismo constitucional preconizado por Benjamin Constant, con el principio de la libertad individual. Un segundo momento sería el que va de 1840 a 1876, el cual se caracteriza por el desfase temporal con lo que ocurría en Europa y Estados Unidos. El tercer momento es el de 1876 a 1900 y es el liberalismo que se transformó en una doctrina política y social basada en el positivismo. Este pensamiento se basaba en los principios científicos y creía que éstos podían ser aplicados a la solución de problemas nacionales. "Tres momentos liberales en México", en *Liberalismo y poder, Latinoamérica en el siglo XIX*, pp. 119- 152. En la misma obra se menciona que Hale, en su libro *Mexican Liberalism in Age of Mora, 1821-1853*, demostró que "la distancia entre los liberales y los conservadores era mucho menor de lo que hasta entonces se había pensado. Pero, al hacerlo, el resultado fue implicar que todos eran liberales: unos liberales a secas, y otros liberales-conservadores." p. 34.

³⁵ José Antonio Aguilar Rivera, "Tres momentos liberales en México", p.119.

Sin embargo, este trabajo no se dedica a definir las diferentes tendencias del pensamiento político del siglo XIX, sino a tratar con las bases ideológicas generales del liberalismo.

El liberalismo es una teoría política que floreció desde la primera mitad del siglo XVII. Tuvo importantes antecedentes y “entre los teóricos clásicos liberales deben contarse a Locke, Monstequieu, Adam Smith, Kant, Madison, Jonh S. Mill”³⁶. Las prácticas centrales de un orden político liberal son la tolerancia religiosa, la libertad de discusión, las elecciones libres, la división de poderes en el gobierno y una política basada en la propiedad privada.

Las cuatro normas o valores centrales del liberalismo son la *libertad personal* (el monopolio de la violencia legítima por agentes del estado que a su vez son vigilados por la ley), *imparcialidad* (un mismo sistema legal aplicado a todos por igual), *libertad individual* (una amplia esfera de libertad de la supervisión colectiva o gubernamental, incluida la libertad de conciencia, el derecho a ser diferente, el derecho a perseguir ideales que nuestros vecinos consideren equivocados, la libertad para viajar y emigrar, etc.), y *democracia* (el derecho a participar en la elaboración de las leyes por medio de elecciones y discusión pública a través de una prensa libre).³⁷

A partir de esta concepción de la política liberal y de sus normas intentaré explicar los discursos antes mencionados, sin matizar entre las diferentes tendencias ideológicas liberales sino concentrándome en las generalidades de su idea de libertad, nación y gobierno.

³⁶ *Ibid*, p. 121.

³⁷ Stephen Holmes, *The Anatomy of Antiliberalism*, pp.3-4 *Apud*, José Antonio Aguilar Rivera, *op.cit.*, p. 121.

Capítulo 1. Civilización y progreso. Borrar el pasado colonial para reescribir la historia de Latinoamérica.

Como mencioné en la introducción de este trabajo, el concepto de civilización es muy importante para las sociedades del siglo XIX y sobre todo para los hombres letrados de pensamiento liberal, pues una parte importante de su ideología se basa, entre otras cosas, en la búsqueda de la razón y la libertad en las sociedades por medio de una educación que enseñe a los ciudadanos a comportarse como la política liberal lo exige, pero además, porque por medio de la educación, los hombres pueden cambiar de un entorno considerado de barbarie, iletrado, analfabeta, a uno civilizado, correcto, virtuoso y libre.

En esta sección del trabajo me pareció importante señalar el peso del concepto de progreso o modernidad en las tradiciones políticas e ideológicas que ocuparon parte del siglo XIX en México, para lograr entender porqué los hombres que vieron consumada la independencia latinoamericana, intentaron borrar todo pasado colonial y empezaron la historia de su país a partir de ésta. Para entenderlo, habría que partir por acotar cuál es el concepto de modernidad en una cultura que apenas iniciaba y a qué se refería la tendencia liberal cuando hablaba de modernizar al país.

La modernidad puede ser entendida de muchas formas y generalmente acompañada de otros dos conceptos, el de *civilización*, en el que se ve reflejado el avance moderno, y el de *progreso*, que es la meta a la que se quiere llegar por medio del camino de la modernidad y acompañado por el pensamiento y las ideas de una sociedad “civilizada”. Con base en esto, el hombre alcanza la cima de la civilización cuando ha llegado a la conclusión de que el saber y la racionalidad harán mejor a su sociedad y que esta sabiduría sólo será dada por medio de lo que la razón puede otorgar.

Muchos han sido los intentos por explicar el concepto y por encontrar el momento en el que este fenómeno se gesta, han sido variables porque tanto los pensadores que lo explican como el tiempo y el espacio son diversos, y esto da como resultado diferentes versiones acerca de qué es “modernidad”.

Generalmente se piensa que la modernidad se ubica en el siglo XIX, esto puede deberse a que en este siglo se dio la llamada Revolución industrial, en la que los avances tecnológicos dieron nuevas opciones de vida, formas más fáciles o prácticas para el humano, herramientas, máquinas, etc.; sin embargo, la modernidad no sólo se trata de la tecnología o la maquinaria que una sociedad utiliza, tampoco se trata únicamente de la forma en que se produce o del dinero que se maneja. No se debe dejar de lado, a la hora de hablar de la modernidad, de que en este proceso social existen varios elementos que forman un todo. Por un lado la parte práctica, que ya mencioné, y que va de la mano con la parte ideológica, la que nutre a los diferentes pensamientos modernos. Sin ver una u otra parte como más importante, en este trabajo interesan más las ideologías acerca de la sociedad, de la política y de la economía de un país que formaron parte de aquella época porque a partir de esto podemos entender a los autores trabajados.

Claro que para entender el concepto, habría que describirlo de forma aislada, para así poder aplicarlo a la época de que mi trabajo se ocupa. Partiré del hecho básico acerca de que la modernidad es aquello que rompe con el pasado, es aquel elemento nuevo que deja a los antiguos usos o costumbres que se tengan en una sociedad, dejando atrás lo lejano y partiendo de la idea de que todo futuro será mejor, precisamente porque el tiempo es ascendente y la sociedad también.

Bolívar Echeverría, en su texto “Un concepto de modernidad” hace un análisis de la modernidad y a partir de la visión de Adorno, detecta un inicio de la modernidad a

más tempranas edades y no en el siglo XIX ni en la Revolución industrial, sino desde la época clásica del Occidente con la figura de Prometeo, ya que éste entrega el fuego a los hombres, rompiendo así con el monopolio de este medio y de su administración, dejando en libertad de su uso a los seres humanos. Es decir, que existe la concepción de un abandono por parte de los dioses pero al mismo tiempo una autonomía con respecto a la vida y el futuro del hombre, éste se vuelve responsable de su bienestar y rompe con la antigua comodidad que daba el fuego otorgado por los dioses³⁸. Esta es una forma filosófica y literaria de ver a la modernidad, pero además, basándonos en las características generales de este pensamiento, es posible ver que la creación del fuego y Prometeo además de formar parte de un pensamiento mitológico, puede también ser parte de la temporalidad y el quiebre entre un tiempo pasado y uno nuevo, entre la forma de vida antigua, sin fuego, a otra nueva, con la luz y la energía que el elemento otorga.

De la idea anterior podríamos ubicar entonces a la modernidad en el descubrimiento de América, pues es a partir de tal acción que el mundo europeo se da cuenta de la existencia de otros seres humanos, de otras sociedades y de que las cuestiones religiosas que explicaban su historia, habían cambiado, es decir, que la idea de que hay *otros* violentó por completo la construcción de la historia de Europa, sobre todo la que explicaba su existencia y que legitimaba su poder como imperio. En este sentido, la modernidad, que es el hecho de romper vínculos ideológicos y a veces materiales con el pasado, puede entenderse por medio del descubrimiento de otro continente.

Walter Mignolo ubica el concepto desde la perspectiva europea, en donde la modernidad se refiere a un período de la historia que se remonta al Renacimiento

³⁸ Bolívar Echeverría, "Un concepto de modernidad", pp. 7-18.

europeo y al “descubrimiento” de América³⁹. Según él, desde la perspectiva de las excolonias portuguesas y españolas de América del Sur, la idea propuesta por los académicos e intelectuales es que el progreso de la modernidad va de la mano con la violencia que generó la colonialidad, pues América (entendida como invención y no como descubrimiento) parece inseparable de la idea de modernidad, pues ambos son conceptos representativos de los proyectos imperiales, ya que permitieron la existencia de un estilo de vida europeo que funcionó como modelo del progreso de la humanidad⁴⁰.

Por otra parte, la modernidad puede entenderse como la concreción de las ciudades como centros de poder, económicos y estratégicos, con “la consolidación de la Gran Ciudad que tiene lugar entonces.”⁴¹ Pues la ciudad fue vista como la forma representativa y tangible de los avances y del desarrollo, dejando atrás al hombre del campo, aquel que utilizaba herramientas “obsoletas” y que se encontraba en la periferia del avance, pues si el hombre vive como en su pasado, eso sólo denota retroceso, no evolución y no mejoría.

Debemos recordar que desde la fundación de las primeras ciudades en América, estas estaban destinadas a concentrar tanto los recursos jurídicos como las ganancias financieras. Fueron formas físicas que habían sido elaboradas a imagen y semejanza de las europeas donde ya se había forjado el poder y la riqueza en las ciudades. Las nuevas ciudades en América pronto fueron relacionadas con riqueza, y más tarde el comercio libre fue identificado con progreso.

Medio siglo antes de la Independencia, muchas de las ciudades latinoamericanas asumieron la realidad social y cultural que las ideas europeas traían consigo: “algunas

³⁹ Walter Mignolo, *La idea de América Latina*, p. 31.

⁴⁰ *Ibid*, p.31-32.

⁴¹ Bolívar Echeverría, “Un concepto de modernidad”, p. 7.

ciudades tuvieron bibliotecas y periódicos, pero por casi todas circulaban los libros y las ideas que por entonces sacudían a Europa”⁴², es decir, la Ilustración y su filosofía.

De esta forma creció una división entre las ideas urbanas y las rurales. La gente de las ciudades empezó a ver a los hombres del campo como los íconos del atraso y de la inmovilidad social, eran “gente de hábitos rudos y ajena a la refinada urbanidad de la gente de ciudad. De pronto asomaban de alguna manera o alguien los descubría en los caminos, y percibía una cultura diferente: otras normas, otros ideales, otros usos y, sobre todo, otro leguaje.”⁴³ Eran, en fin, la concreción del retroceso cultural y social. Las ciudades, por el contrario, eran los centros donde se manejaban los controles de la actividad económica, que mantenían relaciones con los otros centros comerciales en el extranjero.

Así, la oposición entre el campo y la ciudad se fue arraigando cada vez más en el pensamiento de los hombres. La ciudad era avance, desarrollo, mientras que el campo se mantenía como parte del retroceso y de la barbarie, de la poca cultura y de la poca educación.

José Luis Romero dice en su libro *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, que “Humboldt, que las frecuentó en los primeros años del siglo XIX en Caracas, Bogotá, Quito, Lima, México y La Habana, conservó de ellas el recuerdo de su urbanidad, su cordialidad y una gran sencillez en los modales; pero más le llamó la atención el interés de muchas familias por el mundo mercantil y por alcanzar una educación acorde con la época de las luces.”⁴⁴

La educación se convirtió en una forma de acabar con ese retroceso y la ciudad era el lugar por excelencia donde se encontraban todos los saberes, todas las instituciones y todas las formas de vida posibles para los hombres civilizados. Pero

⁴² José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 120.

⁴³ *Ibid*, p. 127.

⁴⁴ *Ibid*, p. 143.

además es importante la ciudad como centro porque la burguesía criolla creyó que, como en Francia e Inglaterra, las ciudades serían los focos de la civilización y el lugar donde se manifestaba ese esplendor que otorgaba poder y riqueza y por ende, posición social⁴⁵.

El fenómeno de las metrópolis estuvo íntimamente relacionado con este movimiento renovador y nacional que buscaba la reformulación de la sociedad por medio de la ciudadanía, es “lo que puede llamarse la determinación citadina”⁴⁶, como un espacio propio del hombre donde los movimientos internos de un país, pero también los de relaciones con el exterior, se desarrollan con mayor fuerza; fue la ciudad de suma importancia para todas las facciones políticas porque desde ellas (capitales y puertos) se manejó la red de la nueva economía⁴⁷ y de la riqueza, elementos que creyeron, estaban íntimamente relacionados con su educación, pues era ello lo que enseñaba la filosofía de la Ilustración: “Rico, eficaz y culto, el *homo faber* americano se sentía en condiciones de dominar su ámbito”⁴⁸.

La filosofía de la Ilustración fundada en la razón aspiraba a que fuera la razón, y no las costumbres, la que gobernara al mundo, era una filosofía que distinguía entre la gente de pensamiento, culta, y el vulgo, el pueblo, la parte retrasada de la sociedad. A las minorías, que eran las iluminadas e instruidas por la luz de la razón, les correspondía el gobierno y la enseñanza hacia las mayorías: el pueblo, “y como su principal preocupación debía ser que la sociedad contara en todos los ámbitos con gentes como ellas, la educación fue un objetivo fundamental.”⁴⁹

De acuerdo con este pensamiento, el campo, las zonas rurales, las áreas de la periferia, habrían dejado de ser el lugar apto para los humanos porque era la gente de las

⁴⁵ *Ibid*, pp. 160-161.

⁴⁶ Bolívar Echeverría, *op.cit.*, p. 3.

⁴⁷ José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 123.

⁴⁸ *Ibid*, p. 161.

⁴⁹ *Ibid*, p. 151.

zonas rurales “campestre, de hábitos rudos y ajena a la refinada urbanidad de la gente de ciudad”⁵⁰. La metrópoli habría tenido que pasar a formar parte del lugar en donde se concentra el progreso, tanto técnico como de pensamiento, porque justamente en la ciudad es donde, según esta ideología, se concentra el mayor y más fuerte razonamiento humano, “allí donde se asienta, se desarrolla y se aprovecha de manera mercantil la aplicación técnica de la razón matematizante”⁵¹ porque la ciudad era el centro desde donde se manejarían los “controles de las actividades económicas, manteniendo relaciones con los grandes centros comerciales del extranjero y ocupando las funciones públicas que reglaban aquella actividad”⁵².

Hay entonces una ruptura de la vida del hombre de ciudad con la vida agrícola y aparece la “consigna de que “el aire de la ciudad libera”, de que el bienestar material y cultural se encuentra en las ciudades: el elogio de la vida de la Gran Ciudad”⁵³, en la medida en que la ciudad significaba la civilización y el mundo rural la ignorancia y la barbarie. No es sorprendente entonces que Ortiz de Ayala hablara de la antigua Grecia y su cultivo de las letras y las artes en el seno de la ciudad cuando decía que

La escuela de la ciudad [...] se constituyó escuela de género humano, cuna de la sabiduría, fuente de las bellas artes y el centro del buen gusto y de la perfección de la música, arquitectura, escultura, pintura y parte de la mecánica, que tanto contribuyeron a dulcificar las costumbres y civilizar los pueblos antiguos, desarrollando [...] los sublimes pensamientos y luminosas ideas de esos genios prodigiosos que, sin el cultivo del entendimiento y los principios de la sabiduría desenvueltos, hubieran dejado de brillar y relucir en la refulgente aurora, y eclipsándose entre las tinieblas de la barbarie.⁵⁴

⁵⁰ *Ibid*, p. 127.

⁵¹ Bolívar Echeverría, *op.cit.* p. 3.

⁵² José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 136.

⁵³ Bolívar Echeverría, *op.cit.*, p. 3.

⁵⁴ Tadeo Ortiz de Ayala, “De los beneficios del cultivo de las ciencias y las artes”, en *La misión del escritor*, p. 35.

Aquí el autor deja claro el gusto por las culturas pasadas, por el cultivo de sus artes y hace ver que la ciudad fue el lugar en el cual se gestaron los más grandes avances de la sociedad y que, sin ello, ésta se hubiera quedado inmersa en la barbarie de la que tanto se temía, cuando lo fundamental era que iniciaba una nueva etapa con la Independencia de México y con la reapropiación de la nación, pues “a medida que los pueblos abandonan o se aplican a las ciencias y las artes, se embrutecen o civilizan”. El autor habla de “los sublimes pensamientos y las luminosas ideas” como elementos que no hubieran sido gestados en un medio diferente al ciudadano; por otro lado, en este fragmento se denota la parte poética de los elementos claroscurios que utiliza como recurso para ilustrar las diferencias entre la razón y la barbarie. La razón es luminosa, brillante y refulgente en la aurora de la sabiduría, todas estas palabras son alusivas a la iluminación natural, pero al mismo tiempo son metáforas de la iluminación de pensamiento; por otro lado, la barbarie se encuentra en las tinieblas, lugar sombrío donde no puede crecer ni madurar ningún tipo de pensamiento razonable.

La sabiduría es entonces aquello que nos es dado por medio de la razón, es un pensamiento que nos hace creer que la vida y la historia están “lanzadas hacia arriba y hacia adelante”⁵⁵, en el mismo sentido en el que va el mejoramiento de la vida del hombre, es un pensamiento que ve el movimiento de la historia sobre una línea que debe seguirse para alcanzarse el grado máximo de “humanidad”, y que lo otro, lo que se deja atrás, es eso viejo que debemos pasar todas las sociedades con esperanza a alcanzar su desarrollo y su progreso: “El hombre, las sociedades y el universo entero, caminan siempre en esa escala inmensa de las transformaciones. El movimiento continuo, ascendente, es lo que se llama progreso. El progreso no es más que el camino que conduce a la perfección.”⁵⁶

⁵⁵ Bolívar Echeverría, *op.cit.*, p. 3.

⁵⁶ Francisco Zarco, “En el congreso constituyente”, p. 417.

Si lo moderno es aquello que viene a remplazar al pasado, éste será sustituido por una nueva forma de ser y pensar. Las personas que vivan en esa sociedad ansiosa por renovarse, caminarán por la “senda del bienestar” porque “El hombre vive en sociedad para perfeccionarse, y la perfección se consigue por el desarrollo de la inteligencia, por el desarrollo de la moralidad, y por el desarrollo del bienestar material.”⁵⁷

En este pensamiento lo político tiene primaria y fundamentalmente que ver con lo cultural, es decir, con la reproducción de la identidad de la sociedad, de lo que significa pertenecer a cierto grupo o a cierta sociedad.

En el caso de México en el siglo XIX, reemplazar lo viejo era crear una literatura que según su ideología, no existía, y para ello asumieron una responsabilidad como hombres letrados pertenecientes a una nación, pues el efecto ideológico que esperaban terminaría por consolidar ese ideario patriótico.

Para consolidar este sentimiento nacionalista los hombres de letras apostaron por la creación de una literatura mexicana, en la cual se expresaría las costumbres y las tradiciones nacionales, pero además apostaban a que esta literatura fuera dada a conocer por el país para que la gente supiera, a partir del mapa ideológico que constituían las letras, hacia dónde dirigir sus pensamientos, su forma de ser y de actuar. A estos hombres les interesaba la repartición de educación no solamente por un amor a la patria que esperaban tener, era necesaria la educación porque mediante ella penetraría la ideología que necesitaban tener sus ciudadanos para terminar de concretar su proyecto de Estado, es decir que en su necesidad de progreso no sólo se esperaba un mejoramiento material sino más bien un tipo de desarrollo que apuesta por la mejora social, pero que además busca el perfeccionamiento de su condición política frente al

⁵⁷ *Ibid*, p. 408.

nuevo Estado: “esta percepción [...] de la historia se evalúa en términos de “progreso”, siendo el bienestar material el último fin a perseguir. Así, el sentido que adquirió el término “progreso” vino indefectiblemente asociado con la forma capitalista de “evolución” social.”⁵⁸, o sea que los elementos ciudadanos y los elementos de progreso como tener luz o empedrado pasaron a ser más bien emblemas de aquél progreso; lo importante ante todo era primero forjar una ideología base⁵⁹ que se apoyaba en los ideales de un desarrollo nacional independiente, o al menos más atento a observar las realidades nacionales, hacer efectivos los principios democráticos, promover la educación popular, etc.

Para Bolívar Echeverría, la modernidad se trata del momento histórico de una “revolución tecnológica” que implica reubicar la clave de la productividad del trabajo humano, la cual se sitúa en la capacidad de decidir sobre la introducción de nuevos medios de producción⁶⁰ y en la invención premeditada de instrumentos nuevos. Con esto se inicia la posibilidad de que la sociedad humana pueda construir “su vida civilizada sobre una base por completo diferente de interacción entre lo humano y lo natural.”⁶¹ Es decir, la naturaleza, que antes era vista por el humano como un ente amenazador, en ese momento es retomada y utilizada en conjunto y en beneficio de ambos, como un contrincante/colaborador, comprometido al enriquecimiento mutuo. Es en esta etapa de la historia, cuando el humano y *lo otro* pueden interactuar en colaboración para inventar o crear precisamente dentro de ese otro, formas entonces inexistentes en él. En el siglo XVI, la novedad y la exuberancia de la naturaleza provocaban admiración. En 1590, por ejemplo, el jesuita español José de Acosta, que

⁵⁸ Beatriz González Stephan, *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional: la historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, p. 73.

⁵⁹ No olvidemos que esta ideología fue parte del pensamiento liberal, el cual tuvo una fuerte inclinación cosmopolita, considerando a Europa como la depositaria de la civilización y a América Latina como el espacio de barbarie. Beatriz González Stephan, *op.cit.*, p. 74.

⁶⁰ *Ibid*, p. 9.

⁶¹ *Ibid*, p. 9.

vivió muchos años en la región andina, escribió que para conocer y comprender la “naturaleza” era necesario comprender a su creador. Sin embargo, este pensamiento acerca de la naturaleza y el hombre en comunión cambió de manera opuesta. Francis Bacon concibió a la naturaleza como una fuerza que los hombres debían dominar. Los intelectuales criollos del siglo XIX, como Domingo Faustino Sarmiento en Argentina, utilizaron el paradigma de “civilización” contra “naturaleza” para describir a la élite criolla en contraposición a la “barbarie” de los indígenas de América del Sur.⁶² Otros intelectuales propusieron una oposición entre la “naturaleza” y el hombre civilizado dejando a América en el extremo de lo natural y por ende de lo bárbaro, “en esos debates, el Nuevo Mundo era joven e inmaduro; por lo tanto, se esperaba que la población americana evolucionara hasta alcanzar la civilización.”⁶³

El pensamiento progresista se combinó con algunos principios de la Ilustración, que tiene como principal característica el secularismo, la celebración de la razón y la emergencia de una nueva clase social y una nueva forma de gobierno (el Estado-nación) junto con una economía política vinculada con el libre comercio y la superación del mercantilismo⁶⁴, que dieron cuerpo al plano político liberal⁶⁵, y que empezó a desarrollarse en la historia como un proceso de transformación hacia adelante y de forma evolutiva, tuvo como consecuencia que el hombre empezara a creer en la humanidad y en el tiempo como algo progresivo, entendido en maneras jerárquicas para delinear pueblos y culturas en el movimiento de la historia, proyectado como el avance del progreso, frecuentemente articulado por la oposición entre lo primitivo y lo civilizado.⁶⁶ Así, la concepción acerca del evolucionismo permitió comprender el

⁶² Walter Mignolo, *op.cit.*, pp. 20-21.

⁶³ *Ibid*, p. 21.

⁶⁴ *Ibid*, pp. 84-85.

⁶⁵ La reforma de los aparatos del Estado, la constitución escrita, la abolición de la esclavitud, la educación pública, la igualdad formal ante la ley, etc.

⁶⁶ Mónica Szurmuk, *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*, p. 178.

proceso histórico de las sociedades como el desarrollo de etapas sucesivas “que se desplegaban en una escala ascendente hacia su perfección”⁶⁷, entonces la percepción de la historia se empezó a evaluar a partir de los preceptos de un progreso material pero además de una evolución social y cultural.

Los liberales de mediados del siglo XIX hicieron un esfuerzo por presentarse como los herederos de la emancipación. Tanto en sus textos doctrinarios y propagandísticos como en los oficiales, fomentaron una versión historiográfica de la misma en la que se hacía más énfasis en la ruptura con el pasado colonial⁶⁸

América Latina es un claro ejemplo acerca de la forma en que esta concepción tuvo lugar: para el pensamiento europeo, América representaba las tierras y las sociedades que estaban atrasadas frente al continente Europeo, el cual se encontraba en el nivel más alto de progreso y civilización. Si el hombre europeo creía en la idea de un espacio y tiempo progresivo y ascendente, basando estos principios en sus países pero sobretodo en Francia e Inglaterra, puede entenderse que al llegar a los países de América Latina se encontrarán con la idea que más tarde acogerían como obligación, de encaminar a estas sociedades hacia el escalonado camino de la civilización.

Existió una separación ideológica acerca de lo occidental y lo no occidental, lo europeo y lo americano, así, los pueblos de este continente estaban aún atrapados en la etapa de la barbarie y el salvajismo con pocas esperanzas de avance por sí mismas. Otras sociedades habían alcanzado los peldaños ascendentes de la civilización pero carecían de las funciones básicas de la razón.⁶⁹ Sin embargo, había otras sociedades, principalmente de occidente, que habían alcanzado los avances de la humanidad por medio de las ventajas de la raza y la racionalidad “y de las propensiones de la historia y

⁶⁷ Beatriz González-Stephan, *op.cit.*, p.73.

⁶⁸ Tomás Straka, “Los primeros liberales: el nacimiento de un proyecto nacional (Venezuela, 1810-1840)”, p. 91.

⁶⁹ Mónica Szurmuk, *op.cit.*, p. 178.

la nacionalidad”.⁷⁰ Es decir que el progreso de las sociedades humanas se daba por una nueva forma de pensar, por un razonamiento que dejaba atrás el barbarismo de las primeras civilizaciones y les otorgaba en el nuevo comienzo una razón y una forma de pensar superior que haría a la humanidad mejor, con un camino hacia adelante y hacia un bienestar futuro.

A pesar del progreso que defendían, los proyectos de modernización se hicieron a costa de “genocidios, [...] de un progreso que sólo ornamentaba las ciudades, que hacía más poderosas las metrópolis, que olvidaba la transformación del campo y expoliaba a las mayorías populares degradando los valores de las culturas autóctonas”⁷¹. Estos hechos aún hoy parecen presentes, pues a costa de la llamada modernización y la búsqueda por parte del Estado y del poder, de hacer de sus sociedades unas más civilizadas y de tener al mando a un país en “progreso” y “desarrollo” se han hecho múltiples ultrajes a las formas de vida y pensamiento de los pueblos no sólo de América Latina sino del mundo entero, expropiando tierras, recursos naturales y culturales, además de una negación por la espiritualidad y religión de cada uno de esos pueblos, intentando reformar en su totalidad a la sociedad entera y convertirla en una sola y única, negando así la diversidad de la cultura y de la existencia de otras sociedades diferentes a la nuestra.

Por otra parte, la jerarquización de los pueblos en América Latina también se daba y se sigue dando en el plano lingüístico, que formaba parte del proyecto civilizatorio y de la idea de progreso: las lenguas fueron una herramienta clave en ese proceso de modernización y de instrucción de los pueblos, por lo que los hablantes de quechua y aimara, entre otros que vivían en América del sur,

sufrieron un doble borramiento en la jerarquía del conocimiento concebida por la Ilustración. Así, la lengua

⁷⁰ *Ibid*, p. 178.

⁷¹ Beatriz González Stephan, *op.cit.*, p. 74.

fue siempre una barrera para los intelectuales “latinoamericanos” que se enfrentaban con el dilema de querer ser modernos y darse cuenta al mismo tiempo de que estaban relegados a los márgenes de la modernidad.⁷²

Es cierto que muchas veces fueron reconocidos esos pueblos fuera de Europa, pero también es cierto que esos y los continentes en los que se encontraron fueron vistos como objetos más que como sujetos y por lo tanto seres sin historia, esto no quiere decir

que hubo en el mundo gente sin memoria ni registro de su pasado [...] sino que según el concepto regional de historia definido en el mundo occidental desde la antigua Grecia hasta Francia del siglo XX, las sociedades sin escritura alfabética o las que se expresaban en lenguas que no fuesen las seis lenguas imperiales de la Europa moderna no tenían historia⁷³.

De esta forma, la única manera de tener una historia es a través del aprendizaje de las otras sociedades, de las que contaban con una escritura de alfabeto y por ende eran civilizadas, pero también se tiene historia al dejarse colonizar y dominar por la forma de vida moldeada por la Europa moderna, justificando así, por parte de los creadores de la historia que se escribe a partir de Europa, que exista una necesidad de enseñar la escritura y lectura de los textos únicamente en la forma en que se conoce en el mundo occidental.

El pensamiento que mira el tiempo de forma lineal y progresiva, forma parte importante de la creación del concepto de progreso, ya que debido a la conformación del tiempo hacia adelante y hacia arriba para llegar al bienestar, muchas ideologías justificaron la necesidad de propagar la razón y el entendimiento entre los hombres, ya sea por medios masivos, pasivos y en la mayoría de los casos violentos, intentando eliminar todo rastro de aquellas sociedad que para el otro lado, para los del pensamiento

⁷² Walter Mignolo, *op.cit.*, p. 94.

⁷³ *Ibid*, p. 17.

“civilizado”, significaban “bárbaros” con una necesidad urgente de ser llevados en el camino “correcto” de la razón⁷⁴.

El fenómeno *moderno* se acompañó por una serie de sentimientos de confianza, en la razón y en el uso de ésta para llegar al mejor razonamiento posible, se trata de una confianza que se amplía con otros fenómenos igualmente modernos, como la experiencia “progresista” de la temporalidad de la vida y el mundo, la convicción empírica de que el ser humano, que estaría sobre la tierra para dominarla, ejerce su capacidad de conquista de manera “creciente, aumentando y extendiendo su dominio con el tiempo siguiendo una línea temporal, recta y ascendente, que es la línea del progreso”⁷⁵ y al mismo tiempo jerarquizando a los hombres que habitan el mundo y a los pueblos en diferentes “etapas” de la evolución; la modernidad consiste entonces en afirmarse discontinuos frente a una tradición que se intenta romper y sustituir, pero además, esta modalidad funciona como una acción civilizatoria que intenta dominar sobre las estructuras no modernas o ancestrales; así parece aún hoy en día clasificarse a los países cuando se habla de un primer mundo y de un tercer mundo, y así fue cuando, en el siglo XIX, se equiparó a América con el estado de naturaleza y salvajismo en contraposición al primer mundo que es relacionado con la industria y la ciencia del progreso, poniendo a los países que pertenecen a esta clasificación a la cabeza de ese imaginario acerca de la evolución del mundo y de la razón.

En el pensamiento progresista el tiempo tiende a pensarse como algo que se clasifica de forma jerárquica, es decir que el futuro será siempre mejor que el presente,

⁷⁴ El descubrimiento de América y el genocidio de esclavos africanos e indios son parte indiscutible del pensamiento moderno, la colonialidad es parte constitutiva del pensamiento de la “modernidad” y esta no podrá ser entendida si no está claro que fue a partir de las acciones que los países europeos hicieron en el continente americano como la modernidad pudo concretarse no sólo en acciones sino en un pensamiento que fincaba sus bases a partir del poder y de la instauración de sus ideas de una forma muchas veces violenta y obligatoria. Este tema acerca de la colonialidad y de la conformación de la modernidad a partir del conocimiento de América, puede verse en *La idea de América latina*, de Wallter Mignolo.

⁷⁵ Bolívar Echeverría, *op.cit.*, p. 3.

aquí, los mapeos espaciales y temporales del Occidente y el no-Occidente se apoyan en la trayectoria del tiempo, un eje que se dice neutral, pero que en realidad es totalmente jerárquico⁷⁶. Así, la noción de la modernidad como una ruptura del tiempo “divide mundos sociales e históricos entre lo tradicional y lo moderno, articulando y animando más todavía otras oposiciones como aquellas entre ritual y racionalidad, mito e historia, y magia y modernidad.”⁷⁷ que justificaron de mil formas genocidios, guerras y la intervención forzosa de los pensamientos que veían en los hombres y en las sociedades “bárbaras” los proyectos para dominar y esparcir sus ideas, su religión y su estructura social.

Se entiende entonces que en América Latina los conquistadores miraran a los americanos como bárbaros, detenidos en un tiempo y espacio totalmente atrasado con respecto a su situación de sociedad civilizada; también se entiende con obvias razones que estas oposiciones fueran las que darían la razón a los grandes proyectos de poder y de conocimiento que derivaron en algunos hechos como en la nación y el imperio, proyectos que necesitaban además de una ideología de base, sujetos que formaran y modelaran a la sociedad.

En términos generales

A pesar de los distintos momentos en los que se ubica la idea de lo moderno, puede decirse, en términos generales, que este fenómeno tiene como una característica el poder de la determinación de ciertos comportamientos que aparecen desde hace mucho

⁷⁶ Walter Mignolo habla acerca de esta forma de pensar la historia de forma lineal y dice que, si queremos entender la historia de América Latina desde otra perspectiva, ya no la europea que se nos ha venido contando al paso de los siglos, sería importante empezar por pensar la historia ya no como una línea en el tiempo sino como una concatenación de nodos entre los cuales se cruzan diferentes versiones de una misma historia: “si en lugar de concebir la historia como un proceso cronológico lineal, pensamos en una “heterogeneidad histórico-estructural”, en procesos históricos que interactúan, entenderemos cuál es la función de la “idea” de América y de la de “americanidad”, y nos daremos cuenta de qué quiere decir que la modernidad y la colonialidad sean dos caras de la misma moneda.” Walter Mignolo en *La idea de América Latina*, pp. 72-73.

⁷⁷ Mónica Szurmuk, *op.cit.*, p.179.

en la vida social; este conjunto de conductas sustituyen la constitución tradicional o antigua de los seres que un principio aceptaban como suyos esos comportamientos, pero que luego pasan a formar parte de ese pasado que se intenta borrar, haciendo evidente que son obsoletos o anticuados frente a una nueva forma de ser y pensar y de representar al mundo. Ser moderno implica entonces haber trascendido la tradición en una ruptura con lo anterior, dejando casi en el olvido todo aquello que represente el pasado, ése que se asocia con atraso y lentitud, con formas obsoletas de pensar y prácticas retrasadas de la vida misma.

Existe entonces una idea de ruptura de lo viejo y lo nuevo, lo pasado y lo futuro, de la contraposición entre la barbarie y la civilización, que se han visto fuertemente marcadas en la historia y en el pensamiento, incluso, en aquellos discursos académicos, literarios y políticos que argumentan a favor de la coexistencia de lo tradicional y lo moderno tratándolos como dominios diferentes⁷⁸ y dividiendo la historia en dos grandes partes que se contraponen en lugar de complementarse, por ejemplo, en las historias de la literatura mexicana que dividen a las creaciones “nacionales” como antes de la independencia y después de ella.

Para este trabajo me quedaré con la siguiente definición, que fue hecha a partir de diferentes ideas pero que consigue adecuarse, a partir de las anteriores, a una que funcione con el tema que trato. Diré entonces que la modernidad puede considerarse como un conjunto de hechos que resultan del olvido y negación del pasado y, en contraposición, de la novedad y diferenciación del pensamiento, las costumbres y la forma de vida; es la innovación que se crea a partir de un pasado que se deja atrás y que se considera como algo distinto a lo nuevo y presente. Estos hechos se presentan como

⁷⁸ *Ibid*, p. 177.

una tendencia modernizadora que se encuentra en la tarea de sustituir a ese otro mundo tradicional, una

tendencia civilizatoria dotada de un nuevo principio unitario de coherencia o estructuración de la vida social civilizada y del mundo correspondiente a esa vida, de una nueva “lógica” que se encontraría en proceso de sustituir el principio organizador ancestral, al que ella designa como “tradicional”.⁷⁹

Es decir que lo viejo, lo obsoleto, es la contraparte de la novedad y de lo diferente, de lo que se renueva y se rehace dejando atrás el pasado. Ese nuevo principio de coherencia de la vida social es lo que reestructurará la formación de la sociedad en su conjunto, cambiando la tradicional concepción que se tenga del mundo, de su sociedad y de su entorno, por una innovación de pensamiento que busca *civilizar* todo aquello que un principio perteneció a la barbarie.

Los sujetos de la modernidad

Los sujetos de la modernidad son personajes activos en este proceso, tanto sujetos *a ésto* (esto puede aplicarse a la sociedad ciudadana) como *sujetos que moldean* estos procesos (los letrados o intelectuales), que marcarían por medio de sus textos el proyecto de nación moderna⁸⁰. Esta concepción acerca del ciudadano se debe a la idea europea de los derechos individuales que dio forma a las nociones acerca de la independencia personal y colectiva, la autonomía, la emancipación, la libertad⁸¹ y otros conceptos que tuvieron relación directa con las formas de pensar que más tarde se convertirían en las revoluciones de América.

⁷⁹ Bolívar Echeverría, *op.cit.*, p. 2.

⁸⁰ *Ibid*, p. 181; “A lo largo de los siglos recientes, los sujetos de la modernidad han incluido, por ejemplo, comunidades indígenas en América bajo el dominio colonial y nacional, [...] En el caso latinoamericano, los sujetos de la modernidad han comprendido no sólo a las clases medias progresistas occidentalizadas, sino a campesinos, indios y trabajadores.”

⁸¹ Walter Mignolo, *op.cit.*, p. 79.

La idea de la civilización y de la barbarie, conceptos que, siguiendo la línea de este pensamiento, están uno frente al otro, uno en el pasado, en el que el hombre se encontraba en cavernas, sin conocimiento alguno del mundo exterior, sin cultura: el bárbaro; y el otro, el hombre que se da cuenta de su entorno y lo modifica para hacerlo apto a él y a su vida cotidiana, el hombre que se cultiva: el hombre moderno, el civilizado. En ese afán de cultivo que ciertas posiciones políticas e ideológicas concibieron, la función de las letras se vio como la actividad con la capacidad para inscribir dentro del orden y la razón occidentales, al mundo y al hombre americanos, completamente carentes de ley, de orden y de razón⁸², se comprende también que los letrados del siglo XIX confiaran a las letras el avance de la nación y de la integración del nuevo proyecto de nación en sus escritos.

A partir de este pensamiento, ciertas facciones pensaron que el tiempo y otros elementos dentro de la sociedad terminarían por mejorar la vida de los seres humanos, es decir, que todas las sociedades serían perfectibles en la medida en que el hombre dejara entrar en su vida el progreso y el desarrollo que la modernidad les daba:

En el siglo XIX el entusiasmo llegó al colmo: por un lado la electricidad y la máquina de vapor, por el otro la doctrina de Darwin, que venía a confirmar en escala cósmica la doctrina del Progreso, Al Hombre Futuro le esperaba, pues, un porvenir más brillante y los Grandes inventos no sólo asegurarían una mayor iluminación por metro cuadrado sino también una humanidad más sana, más hermosa y más buena.⁸³

La doctrina de Darwin, Spencer y el positivismo de Comte fueron en un principio los ideales que tomó el liberalismo cuando se nutrió de las ideas de la Ilustración, por eso es entendible que las bases de su pensamiento tengan tantas similitudes con las ideologías

⁸² Beatriz González-Stephan, *op.cit.*, pp. 192-193.

⁸³ Ernesto Sábato, "las letras y las artes en la crisis de nuestro tiempo", p. 15.

de los pensadores ilustrados en los que se apoyaron los proyectos políticos, sociales y culturales que se opusieron a la tradición colonial.

América Latina y México

En América Latina la modernidad fue muy distinta; no podemos compararla en modo alguno con la de Europa debido a que los cambios en la historia de los dos continentes fueron realmente diferentes. No me parece pertinente pensar que la modernidad latinoamericana llegó tarde o se formó mal, porque las circunstancias que orillaron a los países de América a buscar una modernidad fueron distintas a las de los europeos. Sin embargo, esta comparación que a menudo se hace entre las distintas modernidades llevó a muchos pensadores del siglo XIX a buscar en su misma sociedad lo que significaba ser moderno, y en esa misma búsqueda lo que significaba ser Latinoamericano, lo que era ser mexicano, o pertenecer a una nación, porque además, en el continente americano muchos asumieron que existía un atraso social, cultural, político y económico frente a los países europeos, de ahí

surgió la necesidad de reestructurar el continente sobre nuevas bases acordes con la naciente vocación independentista. Surgió así la necesidad de definir los nuevos países para insertarlos en el ámbito mundial del progreso de la época, representado en aquellos momentos por Inglaterra y Francia en el continente europeo, y por los Estados Unidos en la América del Norte.⁸⁴

Esto generó que en muchos países latinoamericanos, las obras de arte, la cultura, el idioma y las costumbres hayan intentado formar parte de la autenticidad que buscaban, y que hallaría su concreción en una literatura “que orientaría a los países hacia la deseada libertad y el progreso social”⁸⁵ en los que “las naciones más rezagadas del proceso, al modernizarse, no sólo se harían más cosmopolitas, sino que darían un salto

⁸⁴ Beatriz González-Stephan, *op.cit.*, p. 41.

⁸⁵ *Ibid*, p. 42.

cualitativo que les permitiese entrar en la historia y contarse como partícipes de esa civilización.”⁸⁶ .

En este contexto, sería preciso tomar en cuenta las discusiones acerca de la modernidad en América Latina que consideran la relación entre imperio y modernidad con los temas del colonialismo, pues a menudo han sido entendidos como partes de una historia borrosa y distante que se encuentra en el pasado, “consecuentemente, tales movimientos han mirado a la modernidad como un proyecto profundamente ideológico y un aparato primario de dominación, en el pasado y el presente.”⁸⁷

Como dije anteriormente, el fenómeno de la modernidad en Latinoamérica, entendida desde ciertos puntos de vista, radica en el hecho de empezar desde cero una historia que aún no estaba construida, es decir que a partir de su independencia hubo la necesidad de olvidar el pasado y de empezar a contar de nuevo la historia, de definir las costumbres y la cultura y de olvidar toda historia colonial, “así, enterrados bajo la historia europea [...] están las historias, las experiencias y los relatos conceptuales silenciados de los que quedaron fuera de la categoría de seres humanos, de actores históricos y de entes racionales”⁸⁸, por esa razón, los hombres de letras y los misioneros se dieron a la tarea de escribir la historia que antes no existía y con que según ellos, nuestros antepasados no contaban.

La dicotomía entre ambos mundos, el viejo y el nuevo, el pasado y el futuro, también estaban fuertemente marcados en la ideología de los letrados mexicanos con pensamientos liberales, esta ideología esperaba obtener la concreción de la nación mexicana a partir de distintos mecanismos que, en las bases de su proyecto de nación, tenían como necesarios y obligatorios: la enseñanza de una virtud ciudadana, de valores y de una especial idea de libertad eran fundamentales como parte de su política, por ello

⁸⁶ *Ibid*, p. 72.

⁸⁷ Mónica Szurmuk, *op.cit.*, p. 181.

⁸⁸ Walter Mignolo, *op.cit.*, p. 30.

defendieron con fuerza la realización de una literatura *mexicana* que demostrara la verdadera nación, pero además, la enseñanza de ciertos comportamientos y formas de pensar eran de suma importancia para esta facción política, pues son parte de las bases de la tradición liberal; estos mecanismos serían instaurados por medio de la educación, de la enseñanza y de las letras.

Los hombres de letras y sus discursos

En esta sección del trabajo utilizo los discursos mencionados en la introducción, para exponer mediante ellos el tipo de pensamiento que tenían los hombres letrados de la facción política liberal, los cuales defendieron la formación de una educación para la sociedad y el futuro de México.

El pensamiento de los hombres de letras liberales se basaba en la idea de que la historia de México empezaba en el momento de la consumación de la independencia y que a partir de ella la sociedad, las costumbres, la cultura y las artes empezarían a existir⁸⁹; fue después de la guerra que las distintas comunidades criollas y mestizas se encontraron con la situación de tener que inventarse a sí mismas y lo hicieron mediante la restitución de la civilización europea, de la que en ese momento, al menos en algunas cosas, ya no eran dependientes.

El pasado colonial trataba de borrarse y en este intento hubo muchos hombres y muchas *historias* que se escribieron basándose en este tipo de modelo que en su afán por crearse a sí mismo, eliminó en lo posible los vestigios de la historia americana. Cuando, después de las luchas revolucionarias por la independencia de México, llegó el momento de poner todo en orden, “la élite criolla dejó el pasado en el ropero y buscó

⁸⁹ Sin embargo, otras ideologías como la de los conservadores miraban con melancolía el pasado colonial como su historia y a la independencia como el hecho que había venido a borrar su verdadero pasado, a diferencia del pensamiento liberal, que se fundamentó en una concepción racional, laica y civilista de la sociedad.

ideales políticos nuevos en Francia, donde se ponía el acento en la “cosa pública” (en latín, *res publica*, es decir el Estado) y en el papel que debía jugar el estado en la regulación de una sociedad justa y pacífica.”⁹⁰ Por otra parte, los criollos se encontraron con el liberalismo, una doctrina nueva divulgada en Inglaterra por Locke, que abogaba por la libertad individual y libre comercio, y por Montesquieu en Francia, que fue el pensador de cabecera de los republicanos y liberales.⁹¹

Tadeo Ortiz de Ayala criticó a las sociedades antiguas que habían errado en su comportamiento frente a los saberes y las ciencias al no haberles dado un lugar primordial, decía que Grecia, “sumergida en la más crasa ignorancia y vergonzosa estupidez, por haberse abandonado a las artes y descuidado el cultivo intelectual, al paso que otras naciones del septentrión y occidente de Europa,”⁹² había perdido su poder en el mundo, más adelante él mismo da ejemplos de otras naciones que “se han dedicado al estudio de las ciencias y las artes, [y que] se han civilizado, florecen, han producido y están produciendo grandes hombres”.⁹³, porque él estaba de acuerdo en que sólo por medio del saber las sociedades se hacían mejores y el porvenir para el hombre se dirigía hacia el bien y hacia el mejoramiento de México. Tadeo Ortiz de Ayala además de la importante aportación que da a conocer por medio de este escrito, muestra una vez más el sentimiento de admiración hacia las naciones “del septentrión y occidente de Europa” porque la élite criolla que era la responsable de la construcción de los Estados–nación, según los dictados de la modernidad europea, tuvieron que remodelar su identidad imaginando que las historias y los hechos locales podían seguir el ejemplo de Francia e Inglaterra.

⁹⁰ Walter Mignolo, *op.cit.*, p. 89.

⁹¹ *Ibid*, p. 89.

⁹² Tadeo Ortiz de Ayala, *op.cit.*, p. 35.

⁹³ *Ibid*, p.36.

Francisco Zarco decía que la prensa, medio de propagación del pensamiento, era la expresión “de las ideas que dividen al país: ella sostiene esa lucha entre el progreso y el retroceso, entre la libertad y la opresión, entre las innovaciones útiles y las rancias preocupaciones, a la que sus secuaces dan el nombre de tradición que debe conservarse”⁹⁴. Esta cita es un claro ejemplo de lo que pensaban los liberales contemporáneos de Zarco: por un lado se hace una crítica a los hombres conservadores que no quieren aquellas “innovaciones útiles”, por otro lado, Zarco hace mención del antagonismo existente entre el pasado de “rancias preocupaciones” y el progreso y la libertad; para él, la razón haría al hombre libre y civilizado.

Otros intelectuales de la primera mitad del siglo XIX también confiaban en que la educación y la cultura de los pueblos los liberarían, porque “cuando la civilización, y con ello el deseo de libertad, se extiende en las clases todas de la sociedad, comienzan las transacciones entre los tronos y los pueblos [...], primer paso hacia la democracia.⁹⁵”, esa transacción significaba un cambio de poderes y una nueva forma de autoridad, cosa que a los hombres de letras, al Estado y a los defensores de esta ideología les importaba y les convenía; finalmente la democracia⁹⁶ era uno de los factores fundamentales por los que peleaban ellos, esto debido a que formaba parte de su ideario político y sin ella, su proyecto político no tenía sentido.

El gran proyecto civilizador en el que estaban inmersos los hombres intelectuales de este pensamiento político, estaba comprometido con la sociedad a darle forma de nación a México. Por eso es que apelaban a la creación de instituciones que formarían a los nuevos artistas y estudiosos que el país necesitaba con urgencia, al fomento a la lectura y al establecimiento de escuelas, academias, bibliotecas, etc.; ellos

⁹⁴ Francisco Zarco “la influencia de la prensa”, p. 98.

⁹⁵ *Ibid*, p.98.

⁹⁶ Para conocer más acerca de la democracia liberal: Félix Ovejero, *Incluso un pueblo de demonios: democracia, liberalismo, republicanismo*.

luchaban por una educación y unas instituciones formales por la vía de la legalidad porque justamente su proyecto se gestaba en un tipo de gobierno que tenía las bases de su sociedad postradas bajo el dominio de una Constitución, unas leyes y un Estado.

El proyecto de civilizar a la sociedad incluía el sentimiento de obligación o de misión de los letrados, parte de ese proyecto incluía hacer de la gente de la periferia, de las zonas del campo y de la misma gente de la ciudad, personas *pensantes*, educadas, capaces de servir a la nación y de conformarse como una ciudadanía libre.

Los pensadores que yo trabajo partían de una ideología que concebía que sólo por medio de la educación, entre otras cosas, el país sería realmente civilizado, libre, que dejaba atrás el pasado hispánico para convertirlo en una nación mexicana:

Señores, la libertad de enseñanza entraña también el derecho de los pueblos a la civilización, porque la civilización es imposible sin el desarrollo de la inteligencia. La ley de la humanidad es el movimiento. La humanidad marcha sin cesar, constante, de transformación en transformación, hacia su perfectibilidad.⁹⁷

En este fragmento se encuentra la idea de transformación que acercaría a la sociedad a la perfectibilidad, incluso la cita parece utilizar palabras que relacionan al movimiento, la “marcha” que avanza “sin cesar” como un tren en movimiento que va de “transformación en transformación”, este fragmento utiliza palabras que denotan la idea de una historia sobre el tiempo y sobre una línea recta que parte de un origen y se dirige a un determinado lugar, no es el tiempo circular, cíclico, en el que todo inicia, es el de una estructura de pensamiento que, según ellos es parte del “derecho de los pueblos” al desarrollo de la inteligencia para llegar a la mejoría de la sociedad.

En el pensamiento liberal, a los ciudadanos no cabe reclamarles una preocupación por los otros ni por mantener por medio de acciones la prosperidad de los

⁹⁷ Francisco Zarco, “En el congreso constituyente”, p. 417.

demás, los ciudadanos confían en su gobierno y como tal, dejan en sus manos las tareas de bienestar para los otros ciudadanos; los derechos de los hombres forman parte importante de los liberales, que son recogidos en un catálogo llamado Constitución, el cual impone los límites a los que los ciudadanos deben atenerse, y finalmente el tipo de libertad, en la cual nadie se entromete con nadie y tampoco se está sometido a la voluntad de alguien más⁹⁸, en este sentido, les parecía que el bienestar social era un “derecho”, y parte de ese bienestar incluía a la educación, portadora de progreso, de la libertad y de la igualdad.

⁹⁸ Félix Ovejero, *op.cit.*, p. 15.

Capítulo 2.- El hombre de letras y la literatura en la transformación de las ideas.

La actividad literaria liberal del siglo XIX estuvo acompañada por una amplia reflexión de quienes ejercieron el oficio de escritor para mejorar la sociedad, depurar las costumbres, robustecer los valores de la moral pública, revalorar nuestro patrimonio geográfico y cultural, afirmar nuestra identidad y, con todo, fortalecer la conciencia nacional.⁹⁹

Los hombres de letras “exacerbaron el nacionalismo a través de mecanismos que potencializaron [...] una simbología nacionalista”¹⁰⁰ en la que se podían ver los intereses de los escritores por la transformación del país y del Estado, de la sociedad y de la cultura a favor de las convicciones de cada facción¹⁰¹, estos mecanismos iban sobre todo dirigidos a una educación que fuera igualitaria para la sociedad, porque las bases de su pensamiento se asentaban sobre preceptos que daban a los ciudadanos derechos civiles y humanos que mejorarían a la nación, además de leyes que respaldaban esos derechos, y una constitución que, en lo posible, fomentaría la libertad de los individuos.

Como sabemos, la filiación política de los escritores no estaba limitada a los textos doctrinarios y de combate, también la historia y la filosofía, los estudios eruditos y la crítica, la poesía y la novela, estaban ligados a las ideologías políticas que en ese momento defendía cada facción: por ello, los hombres letrados se asumieron con el compromiso de llevar a cabo un proyecto civilizador que terminaría por consolidar a la joven nación y que hiciera de la ciudad un centro de encuentros culturales que instruyeran al país, para ello, las artes y letras eran el medio con el que se controlaba el conocimiento para construir políticamente a la nación.

⁹⁹ Jorge Ruedas de la Serna, *op.cit.*, p. 8.

¹⁰⁰ Beatriz González-Stephan, *op.cit.*, p. 54.

¹⁰¹ José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, *Historia General de México*, p.711.

Estas ideas acerca de su misión como escritores conllevaron importantes cambios en la transformación del campo de las ideas culturales, pues los letrados tenían como objetivos instaurar por medio de la letra las bases de su pensamiento, objetivos políticos, sociales y culturales, para que México se convirtiera en nación y en un país independiente.

De nada servía tener de base un pensamiento y un tipo de Estado si los hombres a quienes gobernaban no se comportaban como ciudadanos y no asumían como suyo el tipo de gobierno que la facción liberal quería instaurar, así que utilizaron a las letras como parte del mapa ideológico que formaría al país.

En este capítulo trato de establecer un concepto acerca de los letrados y su papel en la sociedad mexicana del siglo XIX, además, en un segundo apartado me dedico a exponer la idea de la literatura según los autores trabajados y cuál era la relación que existía entre las letras como expresión de la civilización y su influencia en la cultura.

No podemos dejar de lado que la ciencia y la cultura en ese entonces estaban íntimamente relacionadas con las ideas políticas liberales, pues fue a partir de ellas y de su idea de progreso que se buscó instaurar el conocimiento como parte fundamental de la sociedad, por ello, en una parte de este capítulo trabajo el tema de las instituciones culturales que algunos de los autores trabajados mencionaron en sus ensayos, como parte de la reflexión que hacían acerca del mejoramiento del país.

Los hombres de letras

Tulio Halperin Donghi hace una distinción de los hombres letrados a través del tiempo. Por un lado distingue la generación de las Luces, ya madura en 1810; la generación de la Revolución, a la que pertenecería el grupo de autores que trabajo aquí, y que se distinguió por su contribución a la organización institucional y cultural de las nuevas

naciones; y finalmente la generación de los años 1840, o del momento democrático que se encontró en la situación de mirar de forma crítica dos décadas de gobierno independiente pero además de observar los “progresos” de las naciones civilizadas de ultramar.

Los escritores de Hispanoamérica de principios del siglo XIX, que se encontraban en su mayoría constituidos como un estamento al servicio del imperio español, vivieron una transformación profunda en sus actividades y planes con el Estado después de consumada la independencia. Ahora se encontraban comprometidos a pronunciarse acerca del futuro de la nación y del rumbo que ésta debería tomar para los fines que cada facción política defendía; los letrados¹⁰² se vieron obligados a asumir la compleja tarea de convertirse en artífices de las nuevas identidades ideológicas que comenzaban a surgir de las ruinas del viejo imperio; se involucraron en actividades novedosas para aquel entonces, como la publicación de gacetas, la creación de academias o de sociedades, etc., con lo cual empezaron a designarse como “sabios”, “ilustrados”, “escritores públicos” o “políticos”¹⁰³. Con estas nuevas formas de designarse también cambiaban los modos de oficiar y de insertarse en la sociedad, aportaban concepciones nuevas de cómo debía gobernarse y cómo se debían jerarquizar los valores de la autoridad, la fe y la razón, y consideraron su vocación como propia del

¹⁰² Jorge Myers hace una distinción de tres etapas en el proceso por el cual los diferentes letrados pasaron durante el siglo XIX: la de los primeros defensores de las cualidades positivas de los americanos frente a la crítica o el desprecio peninsular; la de los llamados “precursores”, los cuales primero defendieron la igualdad de los derechos de los súbditos hispanoamericanos del rey frente a los súbditos peninsulares, para luego convertirse en los primeros voceros de una posible renegociación del pacto de dominación colonial; y finalmente la figura del de los letrados al servicio del nuevo régimen. El elemento común a los tres momentos de este proceso fue la constitución del escritor letrado en un “intelectual” cuya tarea se definía primordialmente por su calidad de “vocero” de lo que percibía como los intereses de su patria. p. 122.

¹⁰³ Annick Lempérière, “Los hombres de letras hispanoamericanos y el proceso de secularización (1800-1850)” en *Historia de los intelectuales en América Latina*, p. 247.

ejercicio de la educación al pueblo con el propósito de reformar sus costumbres y hacerlos civilizados¹⁰⁴.

Funcionaban como grupo social que no sólo se distinguían por su rango, sino también y en mayor medida, por su funcionalidad para la nación y formación del Estado, así como por las instituciones en que se desempeñaban, asumidos como los poseedores y creadores de los conocimientos y de las herramientas o artefactos literarios propios de su tiempo y también de las sociedades donde vivían y se desarrollaban, Francisco Zarco decía al respecto en uno de sus textos:

La importancia, pues, de las letras es mucho mayor que la que alcanzara en las primeras edades el mundo, y su universalidad actual debe movernos a estudiar, aunque sea someramente, cuál es, cuál debe ser el fin de la literatura. ¿Será ella un lujo de la inteligencia, un entretenimiento pueril que deba condenarse severamente, siguiendo la opinión vulgar de que el literato no es útil al Estado [?]¹⁰⁵.

Los hombres cuyo trabajo se centraba en implementar y escribir las leyes de la nación, también se dedicaban a otras labores como la de escribir en periódicos, coordinar revistas, trabajar para el Estado, etc.; su tarea como escritores estaba íntimamente ligada a las otras áreas del gobierno, eran ellos los productores y diseñadores de los modelos culturales que estaban destinados a la conformación de las ideologías políticas. Se convirtieron en personas de mucha utilidad para el Estado y el poder porque dominaban el arte de las letras, la escritura y la lectura como parte de un conocimiento exclusivo de la élite, por lo tanto, su apoyo en la conformación de las ideas y la materialización de ellas era imprescindible; Ángel Rama dice en *La ciudad letrada* que “La capital razón de su supremacía se debió a la paradoja de que sus miembros fueron los únicos ejercitantes de la letra en un medio desguarnecido de letras, los dueños de la letra en una

¹⁰⁴ *Ibid*, p. 247.

¹⁰⁵ Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, p. 165.

sociedad analfabeta”¹⁰⁶; eran ellos los que creaban y hacían las leyes de forma escrita, creaban constituciones y documentos necesarios en la nueva nación. Pero no sólo tuvieron que organizar la administración del país mientras trataban, más que de encontrar acuerdos, de imponer el tipo de gobierno y las ideas políticas que cada facción sostenía, además, debieron resolver la creación de una cultura nacional, para ellos inexistente, por medio de la implementación de instituciones dedicadas a la manifestación cultural y al desarrollo de espacios propios para la educación, como la creación de bibliotecas, museos, laboratorios, etc.

Guillermo Prieto decía que “Ni por los antecedentes, ni por las circunstancias en que México se hallaba en 1821, era época oportuna para la creación de la literatura nacional, porque la literatura de un pueblo no puede ser obra de un hombre, ni de determinado número de años [...]”¹⁰⁷, es decir que la historia del pueblo mexicano empezaba apenas consumada la independencia, por lo que aún no podía decirse que la cultura mexicana estuviera realizada. Esta idea tiene que ver con el hecho de que para algunos pensadores el pasado colonial no formaba parte de la historia de la nación, por lo tanto, todo aquello creado en tal época podía pasar a formar parte de otra historia, no de la del país independiente. El pasado gravitaba sobre un presente bajo la forma de costumbres y hábitos que enajenaban la capacidad del pueblo para convertirse en sociedades modernas y protagonistas del progreso, pues la emancipación política no había sido suficiente para cambiar las costumbres del pueblo y volverlo acreedor del uso de sus derechos como ciudadanos, esos hábitos y esas costumbres retardaban el proceso de desarrollo de la nación, por lo que entre más rápido fueran modificados a otras formas de ser y pensar, el país mejoraría con mayor rapidez.

¹⁰⁶ Ángel Rama, *La ciudad letrada*, p. 65.

¹⁰⁷ Guillermo Prieto, “Algunos desordenados apuntes”, en *La misión del Escritor*, p. 119.

Los letrados eran los portadores de los distintos proyectos nacionales, del Estado y de la ciudadanía, su escritura era una de las herramientas que pretendía convertir el caos de la naturaleza “bárbara” en un orden que ya estaba establecido por otras naciones consideradas “civilizadas”;

La palabra “civilización” se empezó a utilizar para designar variadas concepciones acerca del futuro y devenir de las sociedades humanas: era “civilización el desarrollo de las artes, de las manufacturas, del comercio y del lujo; el crecimiento y el refinamiento de las prácticas de sociabilidad”¹⁰⁸, también pertenecía a una mente civilizada la conciencia y el conocimiento histórico de vivir en un presente cada vez más alejado de las preocupaciones del pasado “y disponible para un porvenir de progresos infinitos apoyados en la razón, la voluntad y el avance de los conocimientos científicos”¹⁰⁹.

Como consecuencia de este tipo de representaciones de lo civilizado vino la jerarquización de los pueblos y de las naciones en cuyo más alto escalón se encontraban las sociedades europeas, sobre todo la francesa y la inglesa, ideales para seguir su camino y llegar de la misma manera a conformarse como una sociedad civilizada y culta. Para ello, las letras funcionaban como “la expresión del pensamiento de esa noble facultad que distingue y eleva al hombre sobre los otros seres”¹¹⁰, las letras formaban discursos efectivos y útiles para los hombres sujetos a la ley y subordinados a cierto orden “Porque las letras, como elocuencia, más que un mero índice de prestigio y distinción, eran un paradigma [...] de la racionalidad que orientaba los proyectos de la nueva sociedad, en su pugna por ordenar el “caos” americano”¹¹¹.

¹⁰⁸ Annick Lempérière, *op.cit.*, p. 245.

¹⁰⁹ *Ibid*, p. 245.

¹¹⁰ Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, p. 164.

¹¹¹ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad a América Latina*, p. 44.

La civilización, la razón, y las luces, formaron parte del ideario social, estos conceptos designaban proyectos progresistas, de prensa, de educación, y todos ellos orientados hacia la meta de alcanzar el nivel de cultura atribuido a las supuestas “naciones civilizadas”.

La literatura y la educación literaria marcaban la pauta para que la sociedad caminara en dirección al progreso, de una “barbarie” a una “civilización”, pero además eran un dispositivo clave en la estrategia de que permitía llegar al estado civilizado¹¹², su ausencia como su presencia se convirtieron en criterios para evaluar el grado de civilidad alcanzado:

debemos tener un medio eficaz para manifestar lo que pasa allá en los senos de nuestro corazón y en los arcanos de nuestra inteligencia. Este medio, señores, es la palabra. Sin ella, las sensaciones y las ideas serían un germen estéril y el hombre una verdadera máquina; al paso que con ella, desarrollándose el principio de la racionalidad, se ensancha la órbita de la inteligencia y el genio fecundo por la emulación, extiende sus ramas, y de cada una de ellas hace brotar los sazonados frutos del saber.¹¹³

Ellas moverían al intelecto y la razón hacia una transformación de la nación, y no había “nada más adecuado a este propósito que la creación de una literatura nacional, la cual contribuiría a ese afán civilizador de cuño netamente ilustrado”¹¹⁴ que se encargaba de la producción de ciertas normas discursivas escritas con un específico fin:

La escritura proveía un modelo, un depósito de formas, para la organización de las nuevas naciones; su relativa formalidad era uno de los paradigmas privilegiados del sueño modernizador, que proyectaba el sometimiento de la “barbarie” al orden de los discursos, de la ciudadanía, del mercado, del Estado moderno.¹¹⁵

¹¹² Annick Lempérière, *op.cit.*, p. 246.

¹¹³ José María Lafragua, “Carácter y objeto de la literatura” en *La misión del escritor*, p.69.

¹¹⁴ Blanca Estela Treviño, *La misión del escritor*, p. 64.

¹¹⁵ Julio Ramos, *op.cit.*, p. 13.

José María Lafragua decía al respecto que la palabra era el medio por el que nuestras ideas y sensaciones eran transmitidas, con la palabra, según él, se desarrollaba el principio de la racionalidad y se “ensanchaba el órbita de la inteligencia”, con la palabra

se ha organizado la naturaleza moral; porque, como dice un escritor moderno, si la palabra divina ha hecho el mundo, la palabra humana ha hecho la sociedad. Y como la sociedad también siente y piensa, debe también tener su palabra. La literatura, pues, a mi débil juicio, no es más que la expresión moral del pensamiento de la sociedad.^{116,}

La escritura forma parte de las sociedades, sin ellas no existiría civilización y tampoco habría esperanzas de un progreso, con las letras se muestra qué era lo que se pensaba y cómo se pensaba acerca de la patria y la nación. Para José María Lafragua, la palabra, convertida en letra, en literatura, era la única forma de concretar las ideas y los pensamientos de las sociedades:

Habéis visto, que su carácter es el de la sociedad que representa, su objeto es expresar el pensamiento de esa misma sociedad [...] ¿De qué sirve por cierto atesorar ideas, si no se pueden expresar bien? ¿de qué poseen las ciencias todas, ignorándose el arte de derramar sus luces? ¿de qué hablar la verdad si no se sabe demostrar? [...] He aquí el más noble oficio de la literatura: allanar el camino a la verdad, encadenando a los hombres con la fuerza del sentimiento.¹¹⁷

La literatura y la escritura eran el camino para civilizar a la sociedad, por medio de ellas no sólo se mostraban los ejes que la nueva nación debía seguir, sino que se esperaba que a través de éstas el cultivo de la letras hiciera no sólo hombres sino ciudadanos capaces de ejercer sus derechos y deberes como tales; “la simple manifestación de esta idea os demostrará cuán sublime es el ministerio de la literatura,

¹¹⁶ José María Lafragua, *op.cit.*, p.69.

¹¹⁷ *Ibid*, p. 76.

que cubriendo con sus protectoras alas a todas las ciencias y todas las artes, endulza la aspereza de la enseñanza y franquea la espinosa senda de la sabiduría.”¹¹⁸

Escribir respondía a la necesidad de ordenar la catástrofe que hasta ese momento se encontraba respaldada por una barbarie formada sin límites; la nueva sociedad necesitaba de una estructura que le diera forma a ese sueño modernizador que incluía el “ser civilizado”, ordenando desde la raíz la barbarie de siglos atrás: “En efecto, la barbarie es primitiva, voluntariosa, informe y mal disciplinada”¹¹⁹, contrario a la civilización que es orden y límites. Las letras eran “una máquina de acción, transformadora de la “naturaleza” caótica de la barbarie”, podía funcionar como un instrumento, una herramienta de instrucción para la sociedad, podía influir de forma considerable en la civilización de los pueblos, “Esto era posible porque la literatura [...] cumplía una doble función: ella se ha enriquecido y perfeccionado por la civilización y, a su vez ella “ha civilizado al mundo.””¹²⁰

Escribir era ordenar, borrar el pasado colonial y crear una nación mexicana por medio de ella, “pero a la vez es un ejercicio previo y sobredeterminante de esa virtual modernización”¹²¹ en la cual aún se piensa como futuro, pero en la que apenas se empieza a mirar, era la forma en que se podía mediar entre esas dos grandes agrupaciones: la civilizada y la bárbara, el pasado y el futuro, era una forma de dar entrada a que los hombres que estaban en un estado menos civilizado, tuvieran las herramientas necesarias para acceder a los beneficios de ciudadano.

Tener una literatura nacional traía como consecuencia construir la propia cultura, por lo que era tarea indispensable de ésta llevar las ideas nacionalistas a las letras. Luis

¹¹⁸ *Ibid*, p. 70.

¹¹⁹ Julio Ramos, *op.cit.*, p. 24.

¹²⁰ Víctor Díaz Arciniega, en *La misión del escritor*, p. 82.

¹²¹ Julio Ramos, *op.cit.*, p. 26.

de la Rosa empieza su discurso llamado “Utilidad de la literatura en México” diciendo que

Uno de los estudios más amenos y más deliciosos para nuestra alma, es el de la literatura, [...] La literatura nos enseña a conocer estas bellezas; la literatura despierta nuestro ingenio y enardece nuestra fantasía; la literatura tiene el secreto de ilustrar el espíritu.¹²²

por medio de la literatura las sociedades se desarrollan y salen del estado de barbarie en el que se encontraban antes de que esta llegara a ellos, pues “Todavía, si las naciones actualmente civilizadas no cultivasen la literatura, volverían insensiblemente al estado salvaje, y, pasados algunos siglos, caerían de nuevo en la barbarie”¹²³, es decir, que la literatura es una parte fundamental para que los pueblos avancen, para que las sociedades se desarrollen y salgan de su antiguo estado de oscuridad a uno de luz y entendimiento, ahí radica, para Luis de la Rosa, la importancia de la literatura y de la enseñanza de las letras:

La literatura no es, pues, un resultado del refinamiento de civilización a que han llegado las naciones; se ha perfeccionado y se ha enriquecido por la civilización en el transcurso de los siglos; pero a su vez, la literatura ha civilizado al mundo, y le ha conducido al estado de cultura y de moralidad en que ahora se halla.¹²⁴

Parece también, al leer su discurso, que por medio de la literatura no sólo se llega a un estado más “civilizado”, sino que se mantiene el hombre en esa condición de ser con raciocinio; parece que la literatura no sólo es el medio sino también la forma en que el hombre aprende: “Antes debemos esperar que estos progresos de la literatura influirán poderosamente en que se mejore la condición física del hombre y que se depure su corazón de todo sentimiento de perversidad y de toda propensión a la barbarie”.

¹²² Luis de la Rosa, “Utilidad de la literatura”, en *La misión del escritor*, p.87.

¹²³ *Ibid*, p.87.

¹²⁴ *Ibid*, p.88.

La literatura era sin duda una de las condiciones para que la nación progresara, Zarco decía que no podía concebir la existencia de una civilización sin una literatura “porque la literatura no es más que la expresión del pensamiento; de esa noble facultad que distingue y eleva al hombre sobre los seres”¹²⁵, es decir, que además de que ésta funciona como un mecanismo para el progreso, a su vez este progreso conlleva el sabernos y ser distintos de todos los demás seres vivos, ser además seres pertenecientes a una nación civilizada:

¿Qué otra literatura habrá en el mundo ni más elevada, ni más amena, ni más espléndida que la de nuestro país, cuyos poetas y cuyos escritores no irán a otros pueblos a mendigar la inspiración, ni adornarán sus composiciones con las galas de otra nación, con las bellezas extranjeras? Entonces se conocerá todo lo que vale en un país la literatura, y cuánto puede influir en la civilización y en el engrandecimiento de los pueblos.¹²⁶

Las letras formaban parte de los mecanismos que civilizaban a la nación, pero además hacía legítima su independencia: “Nosotros, señores, acabamos de nacer: la literatura mexicana está, pues, en la cuna [...] Ni podía ser de otra manera, cuando la sociedad no tenía carácter propio.”¹²⁷, en este fragmento es clara la percepción acerca de la nación y de la creación de la literatura mexicana, se hace obvia la idea de que los hombres letrados posteriores a la independencia pensaban que el pasado colonial no les pertenecía a los mexicanos y que cualquier creación antes de ésta, no era literatura mexicana:

Cuando comenzó en México la sangrienta guerra de Independencia, hubo ya verdadera poesía, hubo inspiración, porque se concibió ya la esperanza de tener una patria. [...] Este periodo de la guerra de Independencia será objeto de algunos poemas nacionales, que ojalá se escriban alguna vez, para que la literatura levante a nuestra patria un monumento, no de mármoles y de piedra, que un sacudimiento de Tierra puede destruir

¹²⁵ Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, en *La misión el escritor*, p. 165.

¹²⁶ Luis de la Rosa, *op.cit.*, p. 101.

¹²⁷ José María Lafragua, *op.cit.*, p. 75.

en un instante, sino que sea tan duradero como la especie humana¹²⁸.

Sabiendo que estos hombres no sólo se dedicaban a escribir lo que hoy nombramos como literatura, es decir, narrativa, poesía, columnas periodísticas, etc., sino escribir leyes, discursos, y darle forma a las ideas del proyecto nacional, pues la concepción de literatura era otra, intentaron darle orden a la “barbarie” latinoamericana por medio de su enseñanza y de sus ideas, y de mostrar el camino de la “verdad y la moral” a los ciudadanos: “[...] los poetas y los filósofos, los historiadores y los que trabajan en los descubrimientos científicos. Todos llevan por objeto la verdad y la moral, todos corren tras de la gloria, todos quieren el adelanto del género humano”¹²⁹.

Los hombres de letras tenían el poder de crear ideas por medio de la palabra escrita, de enseñar a la ciudadanía el conocimiento de sus leyes, de sus deberes y de sus derechos, pero también existía la obligación, según su pensamiento, de enseñar la letra por que a partir de ella la sociedad podría educarse, pero además porque al escribir la lengua, las otras lenguas, las latinoamericanas, las que pertenecieron desde antes de la colonización a los pueblos de América, serían lentamente olvidadas y escondidas en ese pasado que con tanto esmero querían guardar. Ángel Rama escribe que el aprendizaje de la escritura era un problema pedagógico concreto pero “su empeño tenía una fundamentación teórica más alta, pues esa solución permitía avizorar una soñada independencia letrada”¹³⁰ que se relacionaba, claramente, con la independencia de pensamiento que tanto habían buscado.

Con la letra legitimaban lo que al Estado le interesaba acerca de las distintas ideologías políticas, la literatura era el lugar donde se mostraban las opiniones y modelos del proyecto modernizador.

¹²⁸ Luis de la Rosa, *op.cit.*, p. 98.

¹²⁹ *Ibid*, p. 173.

¹³⁰ Ángel Rama, *op.cit.*, p. 90.

Los discursos y ensayos tenían el fin de ser escuchados aprovechando el prestigio de los letrados frente a la sociedad, ellos funcionaron como los mediadores entre las ideas y los actores de la nación moderna; tenían la primera palabra ante un auditorio ansioso por conocer cómo se debía actuar, qué se debía tener para pertenecer a ese proyecto modernizador, “había, como decía Sarmiento, que *ilustrar* el Estado: la inteligencia, el talento y el saber serán llamados de nuevo a dirigir los destinos públicos.”¹³¹

Los hombres de letras debían mostrar a su país la luz de la civilización, de enseñar a la gente que hay algo mejor a las afueras de la oscura barbaridad y que sólo mediante ciertas prácticas se llegaría a la meta de alcanzar el nivel de una sociedad desarrollada; los letrados tenían el deber de “difundir las verdades científicas y morales”¹³² porque

la profesionalización de la literatura es benéfica en la medida en que desarrolla a escritores hábiles, pero la literatura puede alcanzar su verdadero sentido sólo empeñándose en el servicio público. El nuevo hombre de letras era, entonces, un profesional profundamente comprometido con el bien social.¹³³

Su tarea era, además de formalizar las leyes, la de estructurar a la nueva nación por medio de sus discursos en una práctica racionalizadora que incluía entre sus escritos las ideas formadoras de una ideología que confirmaba la necesidad de la enseñanza, de la propagación de las artes y las ciencias, y de la enseñanza del deber moral y espiritual que los ciudadanos necesitaban, tal práctica estaba autorizada por el proyecto de consolidación estatal¹³⁴ que confiaba en que los letrados podrían introducir en el pensamiento ciudadano las bases para el nuevo gobierno, pero además había una

¹³¹ Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, p. 34. Citado por Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, p. 353.

¹³² David Bradley Crow Vaughan, *La misión del escritor*, p. 129.

¹³³ *Ibid*, p. 129.

¹³⁴ Julio Ramos, *op.cit.*, p. 35.

obligación para con el Estado y las ideas que cada uno defendía por medio de la enseñanza de letras y del cultivo de la literatura nacional:

beneficiemos la mina virgen aún de nuestra patria, creando una literatura nacional, y trabajemos con empeño en hacernos dignos de que nuestros descendientes disputen sobre nuestro mérito, como hoy disputamos nosotros sobre el de los griegos y romanos [...] hemos copiado a la naturaleza, embelleciéndola, y de que más dichosos que ellos, hemos pintado a la sociedad, mejorándola.¹³⁵

Lafragua resalta la idea de mejorar a la sociedad por medio de la creación de una literatura mexicana, y describe a esta como una patria virgen precisamente porque en el intento de crearse a sí mismos borrarón todo pasado cultural y escrito anterior a la independencia: “Esa lucha de independencia tan prolongada y tan sangrienta, será también el objeto de una historia, que aun no se escribe, pero para la que se han cogido ya muy importantes y hermosos materiales”¹³⁶.

Parecía que sólo a partir de la nación independiente empezaba la existencia del país y al mismo tiempo la creación de la patria. En los discursos demuestran que una nueva ideología y una política distinta que respaldara las ideas acerca del Estado eran necesarias, para ello era urgente una estructura que dictara qué era lo que se requería para formar parte de la nación: la literatura nacional.

Como el letrado tenía el poder de producir su discurso y guiarlo a donde él quisiera, su papel en el Estado era indispensable para formular los límites y la estructura del proyecto; tenía además el deber moral de otorgar enseñanza y sabiduría a los que no habían tenido acceso a ella, así se ajustaba el caos bárbaro que hasta ese momento había reinado en las sociedades antiguas:

se ve, pues, que la política no es un terreno extraño a la literatura; y si bien el escritor huye las más veces los

¹³⁵ José María Lafragua, *op.cit.*, p. 77.

¹³⁶ Luis de la Rosa, *op.cit.*, p.100.

puestos públicos, debe con su pluma dilucidar las cuestiones más graves, los puntos de que depende la suerte y la existencia de los pueblos. No hay ahora congresos ni gabinete en que no se haga oír la voz poderosa del literato¹³⁷.

La voz poderosa del literato tenía la obligación de dar a los escuchas las ideas que conformaban el pensamiento político que peleaban, recordemos además que los hombres letrados de la época también eran políticos, por lo que entre un pensamiento político y un texto escrito había en realidad una línea muy delgada; esta cita expone la práctica entre los puestos públicos y la pluma que en el siglo XIX imperaron; por sus manos pasaban no sólo documentos literarios, sino documentos que instauraban el poder como parte de los privilegios de esa “facultad escrituraria”.

Las letras y la cultura se convirtieron en un dispositivo disciplinario que atendía no sólo a las causas nacionales y a la ideología patriótica, propagaba el pensamiento político liberal y mientras, ajustaba las prácticas culturales a las instituciones.

El Estado era consciente de la estratégica importancia de la producción cultural controlada y dirigida, la artes visuales, la arquitectura, las plazas, fuentes, avenidas, óleos de gran formato, teatro, ópera, orquestas, certámenes literarios, fiestas patrias, concurrían a cimentar la legitimidad del poder estatal y hacer más confiable el proceso de cambio que se estaba viviendo. En este marco, las manifestaciones literarias corrieron paralelos a la organización del aparato burocrático y militar del Estado¹³⁸ formando discursos que reforzaban desde su lugar la consolidación de una unidad nacional.

En el discurso de Tadeo Ortiz de Ayala llamado “De los beneficios del cultivo de las ciencias y las artes” puede localizarse la significativa importancia que el autor da

¹³⁷ Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura” p. 171.

¹³⁸ Beatriz González-Stephan, *op.cit.*, p. 212.

a las instituciones culturales, por ejemplo, habla de la necesidad de formalizar una biblioteca:

de ella deberá el gobierno disponer, extraer copias y aun originales, a fin de proporcionar al público científico su lectura y evitar su pérdida, [...] con la compra de las mejores obras extranjeras modernas, un surtido de planos, globos y esferas, formarían a poca costa y trabajo, una biblioteca digna de la metrópoli.¹³⁹;

la importancia que le da a este centro educativo le parece tan relevante, que incluso en el mismo texto propone algunos lugares donde se podría establecer:

El edificio más acomodado por su situación es sin duda es el departamento desocupado en Palacio, con la traslación de la cárcel a la Acordada, puesto que en este punto céntrico los agentes de las oficinas, los representantes y el público encontrarían a la mano dónde instaurarse y satisfacer sus dudas¹⁴⁰

por otro lado, hace mención de la importancia de los centros culturales que controlan las diferentes manifestaciones, pues además de hablar con detalles acerca de la biblioteca, nombra la Universidad de México, fundada en 1553, de la Academia de Nobles Artes de México, fundada en 1781, y de la necesidad de una galería “a fin de estimular los adelantos de la pintura y las artes, establecer el sistema de exposiciones y premios anuales, conforme al uso recibido de todos los países civilizados.”; también habla de la belleza del jardín botánico de palacio federal, pero hace un listado completo de las fallas que éste padece: pues “aunque curioso y muy reducido, carece de todas las plantas preciosas, exóticas y de las más peculiares a México”¹⁴¹.

En el texto Ortiz de Ayala da ideas y contribuciones para mejorar a la ciudad y a la sociedad, sin embargo, en casi todos los párrafos referentes a las instituciones culturales y científicas, hace comparaciones con las ciudades europeas que ya tienen

¹³⁹ Tadeo Ortiz de Ayala, *op.cit.*, p.42.

¹⁴⁰ *Ibid*

¹⁴¹ *Ibid*, p. 45.

adelantos, para el jardín botánico, dice que “El proyecto de un nuevo jardín botánico en la metrópoli de la Confederación y de las capitales de los estados, no solamente debería combinar lo útil sino tender a lo agradable, conforme al uso recibido de todas las capitales y no capitales de Europa”¹⁴²; para la biblioteca antes mencionada, dice que ésta debería contener “todos los periódicos, diarios y revistas de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y América.”¹⁴³; y finalmente, para hablar de las plantas que hacen falta en la colección dice que “aun en las ciudades de provincia de Francia, como en Lyon, Marsella, Tolosa y especialmente en Montpellier, vimos la piña, vainilla, plátano, musa paradisum, el café, caña-miel, la pimienta de Tabasco, canela, clavo, y otras curiosas y delicadas”¹⁴⁴ en cambio, el botánico de “México, si se exceptúa el de las manitas, parece que carece de estas plantas”¹⁴⁵. Estas comparaciones con la ciudad europea y sus adelantos científicos y culturales nos arroja una vez más aquella idea de copiar a las sociedades avanzadas que tienen instituciones, las cuales se encargan de cuidar a la sociedad para mejorarla, y que si hacemos lo mismo que Francia, Italia, etc., podemos llegar a ser un país con grandes capitales.

Por medio de esos argumentos podían justificar que la cultura y la “literatura no tiene, pues, un carácter pueril, ni de mera diversión, sus miras son elevadas, santas y salvadoras. Las letras intentan redimir a la humanidad.”¹⁴⁶, y redimir a la humanidad consistía en educarla, ellos serían los primeros y más importantes personajes para lograr que el país se salvara de la desgracia bárbara y del poco conocimiento que se lograría ordenar. Las instituciones y los centros de cultura encargados de legitimar los conocimientos fueron parte fundamental en la instauración de su política.

¹⁴² *Ibid*, p.45.

¹⁴³ *Ibid*, p. 43.

¹⁴⁴ *Ibid*, p. 45.

¹⁴⁵ *Ibid*, p. 45.

¹⁴⁶ Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, p. 173.

La historia, las culturas y sus diferentes manifestaciones y conocimientos serían documentados por medio de escritos, que transportados de la oralidad¹⁴⁷ a la escritura, le darían legalidad a las “verdades luminosas, [para] corregir los vicios nocivos a la humanidad, dar un poco de fe y de esperanza a los que padecen en la Tierra, es la misión grandiosa de la literatura de nuestros días!”¹⁴⁸.

Las leyendas, los mitos, los conocimientos antiguos de medicina, astrología, etc., solo serían verídicos mientras los hombres que escribían los transcribieran al papel o los lograran clasificar en algún centro dedicado a su estudio, formalizando los conocimientos para hacerlos legítimos; sin la palabra

las sensaciones y las ideas serán un germen estéril y el hombre una verdadera máquina; al paso que con ella, desarrollándose el principio de la racionalidad, se ensancha la órbita de la inteligencia, y el genio fecundado por la emulación, extiende sus ramas, y de cada una de ellas hace brotar los sazonados frutos del saber¹⁴⁹.

La sociedad contenía la palabra, pero esta sólo sería racionalizada cuando la expresión del pensamiento se convirtiera en escrito. Así sería como la sociedad y el Estado consolidaría la soberanía nacional, a través de la literatura y de la enseñanza de las ciencias y las artes:

Concluiremos excitando a nuestros compatriotas sobre la necesidad que tiene la nación de reunir en forma y con autoridad legal, un cuerpo de sabios y literatos, o sea el construir una academia de ciencias consagrada a su cultivo, extensión y protección, con el cargo de dirigir a la instrucción pública [...] y son indispensables y dignos de tomarse en consideración por una administración ilustrada y creadora.¹⁵⁰

¹⁴⁷ Es importante resaltar que parte del nuevo orden de las letras consistió en hacer únicamente legítimo lo que estaba escrito, las narraciones, los cuentos y la oralidad en general pasaba a un estado “popular” en el que no tenía ninguna legitimidad; con relación a esto, la creación de las gramáticas, diccionarios y compendios de toda clase de temas, elevaron su importancia porque sólo mediante los libros como objeto tangible, los hechos se hacían verídicos e importantes.

¹⁴⁸ Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, p. 173.

¹⁴⁹ José María Lafragua, *op.cit.*, p. 69.

¹⁵⁰ Tadeo Ortiz de Ayala, *op.cit.*, p.42.

Una vez más en este discurso se hace mención de la necesidad de un grupo de personas que se dediquen a la instrucción pública o a la enseñanza, sólo realizable por medio de hombres ilustrados y por un medio *legal*, con conocimientos específicos que la sociedad necesitaba, también la urgencia de tener una academia en donde se instruya y también se fomente el saber y la creación de una literatura nacional¹⁵¹.

Un concepto de literatura

José María Lafragua decía acerca de la literatura que ésta era la enunciación de nuestras ideas y la expresión del pensamiento de la sociedad, “la música, la pintura y la escultura son también expresiones de ese pensamiento; pero son expresiones físicas”¹⁵², en cambio, la literatura abarca “La historia, la biografía, la crítica, la novela, la poesía dramática, la lírica”¹⁵³ que eran necesarias para todas las demás artes y todos los conocimientos. Al respecto, Luis de la Rosa aportaba que la literatura “despierta nuestro ingenio y enardece nuestra fantasía; la literatura tiene el secreto de ilustrar el espíritu, conmoviendo y deleitando el corazón”¹⁵⁴

Explicar hoy el concepto de literatura, puede llegar a ser abstracto, pues la época y el lugar en el que se menciona son parte de lo que designa a qué se refiere uno cuando

¹⁵¹ Él habla seguramente de la Academia de Letrán, lugar donde se gestaron muchos escritos importantes de la época y de la nación. Fue la primera asociación literaria en el México independiente, y tuvo el mérito de haber hecho coincidir los trabajos de sus miembros en una orientación nacionalista que mexicanizara la literatura, porque precisamente en la creación de sus propias obras y de su propio estilo radicaba el sentido de libertad que la independencia les había otorgado; me parece importante retomar este tema porque la Academia de Letrán era el lugar donde se concentraban muchos intelectuales que escuchaban aquellos discursos donde se intentaba convencer al público de la necesidad de una instrucción literaria; además, las asociaciones culturales fueron un recurso para unir a los intelectuales de la época que dieron forma a las ideas de los proyectos de nación, cada uno a su manera y con la posición política que defendían; fue en ellas donde muchos de los discursos y textos hoy conocidos fueron creados, además de los periódicos, las revistas y los folletines que tuvieron un papel importantísimo en el siglo porque no sólo estaban “como las actuales, exclusivamente para lectores especializados, antes bien, los escritores entendían la literatura como una manera de comunicar emociones placenteras a los lectores medios, procurando al mismo tiempo fortalecer sus creencias religiosas y ampliar “sin lágrimas” sus conocimientos culturales.” En *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*, Fracoise Perus, p. 27.

¹⁵² José María Lafragua, *op.cit.*, p. 70.

¹⁵³ Francisco Ortega, “Sobre el porvenir de la literatura” en *La misión del escritor*, p. 133.

¹⁵⁴ Luis de la Rosa, *op.cit.*, p. 87.

dice que esto es o no literatura. La noción de literatura cambia porque los factores que la determinan son diversos: el tiempo en el que se escribe, el lugar desde el cual se enuncia, la persona que la crea, el lector que la recibe, estos criterios varían históricamente porque para cada concepto de literatura se utilizarán variantes que acercarán o no a la obra hacia cierta clasificación textual.

La misma *noción* de literatura es una noción histórica y socialmente definida y el conjunto de “expresiones” al que ella remite no es un espacio “natural”, eternamente idéntico a sí mismo, sino un campo de fronteras fluctuantes, resultado de un complejo proceso social [...].¹⁵⁵

Dichas variantes tienen un carácter inclusivo, por ejemplo, la clasificación de géneros novelescos responde a propiedades distintas: “el concepto de novela de folletín se construye principalmente por sus medios de producción, el de la novela picaresca por un personaje, el de la novela realista por una teoría mimética, el de la novela sentimental por una idea filosófica”¹⁵⁶. No existe un paradigma capaz de albergar la totalidad de las novelas, ni siquiera en términos formales. Así que los paradigmas para determinar un género discursivo cualquiera dependen del contexto y la situación.

Es decir, la práctica literaria no puede ser estudiada sin tomar en cuenta las determinaciones que la hace a sí misma “literatura”, como por ejemplo su entorno social y cultural, o el momento histórico en que el concepto se utiliza, incluyendo su modo de inserción en un sistema o mecanismo social que transforma las ideas, imágenes y representaciones.

El concepto opera a nivel ideológico y cultural, “además de ajustarse al proyecto que los sectores dominantes necesitan elaborar de su pasado cultural.”¹⁵⁷ por ejemplo, para los hombres letrados del siglo XIX el concepto de literatura era muy diferente del

¹⁵⁵ Francois Perus, *op.cit.*, p. 23.

¹⁵⁶ Luis Fernando Barajas, *op.cit.*, p. 16.

¹⁵⁷ Beatriz González-Stephan, *op.cit.*, p.38.

actual; para ellos, la literatura era un objeto de necesidad “sucedendo con las obras literarias lo que con algunos artículos de comercio, como el café, el azúcar y el tabaco, que siendo al principio objetos de puro lujo se han convertido después en objetos de necesidad”¹⁵⁸ que resolvían el caos de la barbarie de las diferentes civilizaciones, las letras ordenaban a la sociedades: Zarco miraba “en ellas un medio poderosísimo de civilización y de adelanto para el género humano, y de hacer triunfar los principios eternos e inmutables de la moral y de la virtud”¹⁵⁹

A partir de esta cita y de los dicho anteriormente, podemos decir que la literatura es un fenómeno que funciona en la ideología¹⁶⁰ y se inserta en un orden social específico en el que se conectan la parte literaria con los hechos sociales e ideológico de un proceso social “gracias a lo cual pueden llegar a asumir funciones en la constitución de un sentido, a través del que se realiza la función social de la literatura.”¹⁶¹

El fenómeno literario del siglo XIX estaba constituido por actividades que no sólo tenían correspondencia con la parte artística y estética de los autores, la relación con la política y su situación en la consolidación de la nación hacen que el concepto sea distinto, pues podemos afirmar que los géneros dependen del uso que le demos a los discursos, no de meras consideraciones formales.

El hombre de letras y la literatura tenían un peso social y político en el poder del estado, los escritores de la época no sólo se dedicaban a la creación literaria, su trabajo intelectual estaba en el gobierno, en el poder, en la prensa, etc. Un ejemplo de ello son los propios textos aquí tratados: éstos discursos estaban hechos para ser leídos frente a

¹⁵⁸ Francisco Ortega, *op.cit.*, p. 133.

¹⁵⁹ Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, p. 165.

¹⁶⁰ Françoise Perus, *op.cit.* p. 29.

¹⁶¹ Carlos Rincón, “El cambio actual en la noción de literatura”, p. 15.

un público, eran discursos escritos con un específico fin: la lectura en voz alta, sin embargo, podían seguir siendo considerados como textos literarios¹⁶².

Las letras no fueron sólo un producto estético, sino que funcionaron como parte de las actividades sociales “como una forma estética de praxis social, como puede situarse en el centro de nuestro interés cognoscitivo, de acuerdo con esa orientación teórico-literaria, la permanente transformación y redefinición de su noción.”¹⁶³

Las historias literarias del liberalismo hispanoamericano operaron sobre un concepto de lo literario en el que se manejó una concepción relativamente extensa de lo literario homologable a *letra impresa*¹⁶⁴, a todo lo escrito; pero además, la literatura pasó a formar parte de los conocimientos generales pertenecientes al campo de las humanidades. La mayoría de las historias literarias de la época utilizaron el término “literario” en el sentido de “vida y producción intelectual”¹⁶⁵, lo cual les permitió incorporar las actividades culturales como parte del sistema dominante del momento, para José María Lafragua, letrado y político que creía en la esencia espiritual y cultural de la patria, la literatura era “a mi débil juicio, no es más que la expresión moral del pensamiento de la sociedad.”¹⁶⁶

La escritura era el medio para propagar sus ideas y dar a conocer sus creaciones, por medio de ellas legitimaban en canon establecido. En el siglo XIX los escritores eran necesarios para la producción de la ideología de la época por lo que no existía un enfrentamiento entre la idea de que fueran escritores de narrativa y al mismo tiempo creadores de discursos: la dialéctica entre el proceso histórico y social, y la constitución

¹⁶² Al respecto, Fernando Barajas dice que “Los géneros responden a situaciones retóricas específicas en la misma medida en que esas situaciones suelen responder a géneros determinados. La escritura de una carta, por ejemplo, está determinada por una situación –formal, familiar, laboral, etc.– y a la vez la carta determina la situación: la recepción y la respuesta. De manera que la relación entre género y la situación retórica es mutua y dinámica”, *op.cit.*, p. 20.

¹⁶³ *Ibid*, p.16.

¹⁶⁴ Beatriz González-Stephan, *op.cit.*, p. 242.

¹⁶⁵ *Ibid*, p. 242.

¹⁶⁶ José María Lafragua, *op.cit.*, p. 70.

del sentido con el cual se escribía, no pude ser por eso objeto de problematización ni con ella la noción que se tenía de literatura “de acuerdo con la cual actividades y procesos de producción textual, históricamente determinados, se hacen susceptibles de cumplir funciones y recibir sentidos particulares a través de la historia.”¹⁶⁷

La literatura es, finalmente, un fenómeno que se redefine conforme a un momento históricamente determinado, lo que la explica es la función que la estructura social y las distintas épocas históricas le asignan, señalándole tareas, direcciones y campos problemáticos que pueden llegar a concretarse en forma de “proyectos”, incluso Lafragua lo dice en uno de sus textos, cuando habla del objeto de la literatura explica que ésta

no tiene carácter propio, sino que acomodándose al de la época que representa, se reviste con el ropaje tosco brillante, ridículo o hermoso con que está revestida la sociedad, cuyo eco es, cuyas virtudes y vicios son su patrimonio, cuyos crímenes arrancan sus lágrimas, cuyas extravagancias provocan su risa.¹⁶⁸

El fenómeno de la función de la literatura en las culturas forma parte de un proceso social que “ante la prueba a que la sometieron obras que a la vez que exigen una nueva relación con el lector, muestran, por ejemplo, que el texto literario no es exclusivamente aquel cuyo objeto resulta constituido sólo en y a través del lenguaje y que la literatura no es una producción de ficciones sino de efectos específicos.”¹⁶⁹, que, en el caso del siglo XIX mexicano buscaban mostrar la necesidad de la literatura y de su enseñanza a los ciudadanos.

En el siglo XIX la literatura ocupó un lugar central en el establecimiento y consolidación del proyecto de nación que se estaba gestando, era una de las vías para asegurar el camino correcto hacia la transformación y el desarrollo, pues reforzó en el

¹⁶⁷ Carlos Rincón, *op.cit.*, p 16.

¹⁶⁸ José María Lafragua, *op.cit.*, p. 70.

¹⁶⁹ Carlos Rincón, *op.cit.*, p. 18.

plano ideológico el efecto de unidad y consolidación cultural nacionales que los estados a duras penas habían podido lograr¹⁷⁰, las letras funcionaron como un medio para concretar el proyecto modernizador:

Antes debemos esperar que estos progresos de la literatura influirán poderosamente en que se mejore la condición física del hombre y que se depure su corazón de todo sentimiento de perversidad y de toda propensión a la barbarie, [...] la literatura, cuanto más se perfeccione, será menos a propósito para propagar la inmoralidad y más adecuada para difundir la sólida instrucción y para inspirar con ella las virtudes.¹⁷¹

La literatura nacional formaba parte de los progresos de la civilización, no sólo por el avance de pensamiento y refuerzo de la cultura, sino porque ayudaba al hombre a “depurar” el corazón; la literatura se volvió la forma de mejorar a las sociedades y de llevarlas en el camino de la perfectibilidad, del desarrollo y del bienestar social.

A partir de la idea de literatura como una forma de educar a la sociedad, podemos entender la existencia de tantos escritores y letrados latinoamericanos que utilizaran sus textos como medio para concretar las decisiones ideológicas, políticas y artísticas, que escribieran discursos y folletos, artículos, revistas y periódicos, y que en esa literatura se gestaran las bases de su proyecto de nación.

La valoración de los intelectuales hacia la *literatura* como parte de un programa de enseñanza para cambiar a la sociedad estuvo íntimamente ligada al pensamiento letrado, Tadeo Ortiz de Ayala ponía como ejemplo del progreso a la literatura que otorgaba a las culturas antiguas, y decía que “Si los griegos no hubieran aplicado con un ardor admirable al estudio de las bellas letras y al cultivo de las artes nobles, ni la reducida península de Grecia habría podido resplandecer en inmortalizarse en los fastos

¹⁷⁰ Beatriz González-Stephan, *op.cit.*, p. 43.

¹⁷¹ Luis de la Rosa, *op.cit.*, p.89.

de la historia”.¹⁷², es decir que para él, gracias a las letras y las artes, las sociedades más grandes de la historia del mundo habían podido llegar a su florecimiento y al mismo tiempo, sin la escritura no habrían quedado huellas en la historia y de la grandeza de su sociedad.

En la literatura de la época fueron proyectados modelos para formalizar por medio de la enseñanza a la “ciudadanía”, estas normas eran necesarias para crear un tipo de sociedad que se creía indispensable para consolidar el proyecto, este nuevo sector era parte fundamental de los estados modernos y sin él era difícil imaginarse a la sociedad, el

desarrollo del entendimiento humano producidos de las ciencias y las artes, transformando las sociedades, causan en las costumbres y en la inteligencia del género humano una saludable metamorfosis [...], sin duda cualidades debidas en parte a los efectos de la educación y al cultivo de las ciencias y artes nobles de esta nación generosa, destinada a grandes empresas.¹⁷³

Tadeo Ortiz de Ayala habla de la transformación de la humanidad y de la confrontación entre la vieja y la nueva sociedad que ha evolucionado gracias a la enseñanza y la educación. Él asocia la educación y el cultivo de las artes con la grandeza a la que puede llegar el país; una vez más se hace evidente que él y los hombres que compartían su ideología, en las letras encontraban el éxito para una sociedad mejor y más brillante que la de los antepasados, pues “la sociedad ha tenido distintos caracteres. Más allá de los tiempos antiguos existió una, que envuelta en la confusa baluma de dudosos fastos, apenas nos deja entrever los primeros pasos de la humanidad”¹⁷⁴.

¹⁷² Tadeo Ortiz de Ayala, *op.cit.*, p.35.

¹⁷³ *Ibid*, p. 36.

¹⁷⁴ José María Lafragua, *op.cit.*, p. 70.

La literatura y la escritura fortalecían la conciencia nacional, funcionaban como un artefacto cultural¹⁷⁵ de los pensadores que en la enseñanza veían el triunfo del proyecto de reconstrucción nacional, con la escritura se pretendía transformar el caos en orden y la barbarie en civilización: “esta idea de la literatura, y del arte en general, como expresión de alto grado de civilización de un pueblo [...] cruza, como es sabido, todo el siglo XIX.”¹⁷⁶, la literatura era “el más poderoso instrumento para propagar la instrucción y la moralidad”.¹⁷⁷ Valores que para ellos eran sumamente importantes en su pensamiento político; así, las letras eran la conformación de una tradición cultural que cumplía la función de civilizar al mundo, porque la literatura enseñaba que

sin estas conmociones y estos deleites, que las composiciones literarias excitan en nuestra alma, el género humano había podido adquirir un cierto grado de instrucción, sin salir por eso del estado salvaje. [...] Todavía, si las naciones actualmente civilizadas no cultivasen la literatura, volverían insensiblemente al estado salvaje, y, pasados algunos siglos, caerían de nuevo en la barbarie.¹⁷⁸

En este fragmento Luis de la Rosa hace evidente que aún teniendo hoy en día literatura, si ésta no se cultiva, el estado de salvajismo volvería a la humanidad, por lo que es necesario siempre producirla y aprender de ella ya que eso es en buena medida lo que constituye a una civilización. La cultura de los pueblos sólo avanzaba en la medida en que se cultivara el conocimiento científico y literario, pues ello no sólo hace evolucionar al hombre en sus pensamientos sino que mantiene en los límites de la civilización a las sociedades que la practican; es decir que además de ser un dispositivo que media entre el pasado bárbaro y el futuro civilizado, las letras mantienen ese *orden* de las naciones avanzadas y refuerza el progreso de una sociedad.

¹⁷⁵ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, p. 21.

¹⁷⁶ Jorge Ruedas de la Serna, *La misión del escritor*, p.12.

¹⁷⁷ Víctor Díaz Arciniega, *La misión del escritor*, p. 82.

¹⁷⁸ Luis de la Rosa, *op.cit.*, p.87.

Por otra parte, no sólo los letrados dedicados a las humanidades necesitan de la literatura para expresar sus ideas, para los hombres dedicados a las ciencias¹⁷⁹ era necesario este tipo de instrucción porque:

El hombre científico no hallará sólo deleite en las composiciones literarias, sino también una instrucción de la que absolutamente necesita. El estudio de la oratoria, uno de los principales ramos de la literatura, es esencial a muchas profesiones, es indispensablemente necesario al hombre de Estado, que debe tomar parte en las deliberaciones de los consejos y en los debates de las asambleas; lo es igualmente el abogado que tiene que discutir en el foro los derechos del hombre [...]¹⁸⁰

“así es que las ciencias y la literatura, haciendo causa común, han marchado unidas por las innumerables sendas que abrió la imprenta a las mejoras sociales [...]”¹⁸¹, pues tanto las ciencias como las letras eran vistas como elementos que tenían una causa común: el bienestar de la sociedad y el adelanto de la civilización.

La necesidad de las letras y su conocimiento entonces se extiende aún más allá de los ciudadanos comunes, sino que hasta los hombres dedicados a las ciencias tienen el deber de aprender acerca de ellas para llevar a la práctica sus conocimientos científicos, pues “con respecto a las clases que no podemos llamar científicas, porque no cultivan las ciencias como objeto de una verdadera profesión, el estudio de la literatura es la única ocupación mental en que pueden hallar deleite.”¹⁸² la literatura ya no sólo es un mecanismo liberador, civilizatorio y de progreso, también es una forma de descanso intelectual. El autor está consciente de que la necesidad de la literatura, por su importancia en la instrucción moral, es necesaria a todas las personas, sin importar los estudios que tengan, pues

¹⁷⁹ Se recordará que la división entre las ciencias y la literatura de hoy no se tenía a mediados del siglo XIX. La literatura era la letra impresa y la ciencia se consideraba parte integral de ella. Las ciencias y la literatura se apoyan mutuamente, las ciencias necesitan la literatura para expresar eficazmente su sabiduría y viceversa.

¹⁸⁰ Luis de la Rosa, *op.cit.* p.90.

¹⁸¹ Francisco Ortega, *op.cit.* p.134.

¹⁸² Luis de la Rosa, *op.cit.*, p. 91.

el estudio de los idiomas influye también en los progresos de la civilización de una manera más directa, porque pone en contacto y enlaza con nuevas relaciones a los pueblos de idiomas diferentes; así es como la literatura destruye, en cierto modo, las barreras que por más tiempo se han opuesto a la comunicación de las naciones y a la expansión de su benevolencia.¹⁸³

Zarco apostaba a la literatura todos los adelantos del hombre en sociedad, decía que de las letras derivaban todos los avances, aún los relacionados con las ciencias:

Para que no se crea que exagero al atribuir todos estos grandiosos resultados a las letras, suprimase en los móviles de las revoluciones útiles el adelanto de la filosofía y de la literatura, y no habrá espíritu humano que pueda comprender sus causas, su marcha, ni sus prodigiosas conquistas.¹⁸⁴

Tanto las ciencias como las artes necesitaban de las letras porque “abraza todos los conocimientos útiles y sirve de poderosos auxiliar al que se entrega a investigaciones científicas y al que es llamado a dirigir los destinos de las naciones.”¹⁸⁵: “Ved aquí a un hombre estudioso, que comenzó por leer la historia por puro pasatiempo, y que se encuentra ya en la necesidad de estudiar todas las ciencias que se deben poseer para ser historiador.”¹⁸⁶

Finalmente, con las letras era posible crear normas, escribir las leyes y, darle al ciudadano el conocimiento de sus obligaciones morales y legales, por medio de ellas se proveían las condiciones necesarias para el ejercicio de la ley:

La insistencia en la ilustración como dispositivo de trabajo y ordenación es notable [...] Este trabajo sobre la lengua [...] forma sujetos suscritos al poder de la ley.¹⁸⁷

En esa estrategia legitimada por la necesidad de una educación literaria, los sujetos se moverían en el estado de la ley “sometidos a la estructura de la sociabilidad instituida

¹⁸³ *Ibid*, p.92.

¹⁸⁴ Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, en *La misión del escritor*, p.169.

¹⁸⁵ *Ibid*, p. 170.

¹⁸⁶ Luis de la Rosa, *op.cit.*, p. 98.

¹⁸⁷ Julio Ramos, *op.cit.*, p. 42.

por el orden de la letra y el poder de los letrados.¹⁸⁸ Existía entre la ley y la autoridad de las letras una estrecha cercanía, “Las letras eran un dispositivo disciplinario, requerido para la constitución de los sujetos de la ley”¹⁸⁹, elemento necesario dentro de una sociedad que se enfrentaba al mundo y que quería demostrar ante otras sociedades que también era capaz de transformar su sociedad, de hacerla más moderna.

¹⁸⁸ *Ibid*, p. 49.

¹⁸⁹ *Ibid*, p. 63.

Capítulo 3._ Educación y literatura: elementos necesarios para la creación de ciudadanos

Esta parte del trabajo está dedicada a explicar las razones por las cuales la facción política liberal estaba interesada en la educación y en la creación y enseñanza de un ser social con derechos y obligaciones como ciudadano. Recordemos que la política liberal no era un proyecto puramente académico, sino que estaba dirigido a educar a los líderes que guiarían a la nación. La educación enseñaba al hombre a ser ciudadano, pero además la escuela formaba centros de enseñanza que eliminaban los valores negativos de una sociedad:

en México no ha habido ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional, porque no hay nación [...] mientras el fanatismo, la ignorancia y la holgazanería sigan siendo las bases de nuestra educación, y mientras no tengamos un gobierno verdaderamente ilustrado y enérgico, el pueblo mexicano, aunque pisando el oro y la plata, será un pueblo débil y desgraciado.¹⁹⁰

Por ello, una primera parte del capítulo retoma lo dicho anteriormente con respecto al pensamiento liberal; en segundo lugar, el capítulo intenta explicar por medio de los discursos antes mencionados, cómo estos hombres de letras argumentaron a favor de la educación literaria y de la integración de los ciudadanos por medio de la enseñanza moral.

Para ello, debemos recordar que después de la guerra de independencia y ganada esta, los letrados buscaron la forma de concretar la nación con ciudadanos que acataran las reglas del nuevo Estado, a cambio del tipo de libertad que los liberales defendían, sin embargo, era evidente que los grupos no urbanos, los campesinos y los hombres de las periferias no podían formar parte del nuevo sector porque eran vistos como siervos o

¹⁹⁰ “Consideraciones sobre la situación política y social de la República mexicana”, citado por José Antonio Aguilar Rivera, *op.cit.*, p. 133.

amotinados, detenidos al margen de la historia¹⁹¹. Este grupo de personas no contentaba a la clase política ni intelectual que buscaba adherir a sociedad a la nueva ideología política en la cual el derecho al voto, los derechos humanos, las leyes y la libertad eran de suma importancia; las clases campesinas e indígenas estorbaban para lograr su cometido, “para sus sistemas jurídicos era una anomalía; para sus proyectos y sus ambiciones, para su credo progresista, era el lastre de la barbarie.”¹⁹²

Para retomar los ideales del ciudadano no debemos dejar de lado que la virtud y la moral de los hombres eran de suma importancia. Cuando se habla de virtud en la política liberal en realidad se está apelando a un modelo de persona capaz de asumir como propios y únicos los problemas a los que se enfrenta al vivir en una sociedad; es decir, desde una perspectiva liberal, los hombres necesitan valores y modelos para actuar de acuerdo con las diferentes instituciones, con la libertad, con los derechos, con las leyes y con la democracia.¹⁹³

Los distintos modelos de virtud enseñan al hombre cómo comportarse en una sociedad, por ejemplo, un modelo normativo puede mostrarnos que la participación es buena para los que participan porque les da más beneficios que el no participar, es decir que lo importante es el medio de la participación más que la propia participación, el medio, no el fin, o viceversa. A partir de eso Félix Ovejero habla del liberal puro, el cual no considera importante por sí misma la participación y cree que los ciudadanos carecen de vocación participativa; por ello la preservación y buen funcionamiento de la

¹⁹¹ Julio Ramos, *op.cit.*, p. 57.

¹⁹² Fernando Escalante Gonzalbo, *op.cit.*, p.58.

¹⁹³ Según Félix Ovejero, la democracia y el liberalismo son incompatibles debido a que la libertad negativa, es decir, la no intromisión en los aspectos del individuo, choca con la idea de democracia en la que todos se preocupan por todos y en donde las decisiones de todos recaen en la sociedad general. Según el autor, la política liberal usa entonces el concepto de democracia liberal con la cual la libertad negativa queda razonablemente garantizada; en primer lugar, mediante la profesionalización de la actividad política donde ciertos individuos están autorizados a reunir las preferencias de los otros; en segundo lugar, el Estado no se entromete en la vida de nadie, es neutral respecto a las distintas concepciones del bien y no alienta ciertos modos de vida; en tercer lugar, los derechos, recogidos en una constitución impone los límites a los que los ciudadanos se deben atener. Así, los derechos protegen la libertad negativa. *Incluso un pueblo de demonios*, pp. 43-74.

sociedad ha de quedar en manos de la ley. Es este el liberalismo que no confía en los ciudadanos como actuantes del bien común, pues asume que los ciudadanos son egoístas. El único medio de proteger a los ciudadanos es limitar su participación y dejar en manos de otros el bienestar de la nación¹⁹⁴. Si los ciudadanos carecen de virtud, es necesario introducir las formas de actuar, las normas y las reglas para convivir en armonía. Es ahí donde la enseñanza hace parte de su trabajo, al mostrar cómo se debe ser, se está asegurando el Estado de que los hombres actuarán como ciudadanos.

Con la introducción del modelo de virtud y moral de ciudadano, la penetración ideológica en la educación haría posible eliminar la clase de personas que no terminaban por adherirse a la nueva forma de ser y pensar; con personas educadas, el rango de la sociedad pasaría a un nivel más civilizado, más avanzado, y por ende, más moderno, pues el amor al trabajo y a la educación eran los caminos por los cuales podía redimirse el que por su origen no había tenido la fortuna del aprendizaje: “Si no se fundan y mantienen escuelas y colegios [...] la sociedad queda precisamente dividida en dos clases rivales: la de la gente instruida y la de la gente ignorante; la de los hombres de la civilización y la de los hombres de la barbarie”¹⁹⁵.

Pero el cambio no era fácil, sobre todo cuando por décadas muchos grupos se movieron en una ideología diferente donde las normas morales y las virtudes que los liberales profesaban no existían: “Inventar las instituciones era una cosa, transformar el espíritu público [...] era otra muy distinta, y mucho más difícil.”¹⁹⁶

La urgencia de crear ciudadanos se hizo latente, y con ello, la disolución de esos grupos o comunidades, pues el Estado que imperaba exigía la supresión de ciertas prácticas que justamente las comunidades tenían, necesitaba fundar su dominio sobre

¹⁹⁴ *Ibid*, pp. 227-229.

¹⁹⁵ Anales de la Universidad de Chile, tomo 42 (1873), p. 91, citado por Iván Jaksic y Sol Serrano en “El gobierno y las libertades. La ruta del liberalismo chileno en el siglo XIX”, p.197.

¹⁹⁶ Fernando Escalante Gonzalbo, *op.cit.*, p. 64.

una sociedad de *individuos*, no podía negociarlo con cuerpos y comunidades. El problema era que el pensamiento de los campesinos y de los indígenas y el del Estado eran incompatibles, ellos no eran ni querían ser ciudadanos, por eso se entiende que los letrados miraran aquéllos mecanismos de “conversión” como algo urgente, el Estado no podía llegar al éxito si había sectores que no acataran las nuevas leyes y órdenes que éste imponía. Félix Ovejero explica que esta conformación de grupos y la necesidad de su disolución se debe a que en la práctica, la ideología liberal necesita de individuos hasta cierto punto egoístas, personas a las que no debe reclamárseles nada acerca del bien común porque para ello existe un mediador llamado Estado. El gobierno y su poder son los encargados de darles a los ciudadanos el bienestar y defender sus derechos, así, la libertad “quedará asegurada de diversos modos. En primer lugar, mediante la profesionalización de la actividad política. A los ciudadanos no cabe reclamarles preocupación por la vida de todos.”¹⁹⁷; por otra parte, la creación de las constituciones impone los límites a los cuales los ciudadanos deben atenerse.

Los mecanismos que proyectaban el mapa imaginario del proyecto nacional repartirían las ideas acerca de la necesidad de ciudadanos capaces de obedecer las leyes que la ideología liberal desempeñaba: el ciudadano ideal vota, elige a sus representantes y luego, una vez terminada la jornada electoral, permitirá que el ganador actúe, defienda y haga valer la voz que, en cierta medida, cada votante le otorgó al poder. Estos hombres votantes dejarán en las manos del Estado las responsabilidades de las actividades políticas hasta una nueva elección, mientras, el gobierno dispondrá de los artefactos necesarios para su comodidad, su crecimiento económico, y el bienestar de la ciudadanía. Es decir que en la práctica liberal, la política “es cosa de los políticos. Ellos

¹⁹⁷ Félix Ovejero, *op.cit.*, p. 15.

son los encargados de reunir las preferencias y atenderlas, de suministrar los necesarios bienes públicos.”¹⁹⁸

Para ello, la educación sería el medio con el cual se repartirían a cada hombre las reglas para ser un futuro ciudadano, porque “los mexicanos no habían tenido una “educación civil” [...] la obediencia estaba siempre sujeta a aun multitud de matices y de pareceres.”¹⁹⁹

Cabe recordar que la ideología en la que se sustenta el ciudadano deviene de algunos valores que se instauraron como parte de este concepto, los cuales se relacionan con las instituciones, las leyes y los acuerdos sociales que el proyecto de Estado moderno necesitaba, además de la moral y la virtud cívica que tiene que ver con *hacer bien las cosas*. La obediencia y la moral, entonces, son inseparables, porque sólo a partir de saber qué está bien y qué no, se puede actuar frente a las situaciones que se dan en un Estado.

Por eso al gobierno y a las personas que creaban las ideas, los letrados, les era tan importante que los hombres, en primer lugar, se asumieran como ciudadanos, y en segundo lugar, que tuvieran claro qué era la moral, lo que estaba bien y lo que estaba mal en una sociedad, para así gobernar de forma *correcta*. Al respecto, Luis de la Rosa decía que

Antes debemos esperar que estos progresos de la literatura influirán poderosamente en que se mejore la condición física del hombre y que se depure su corazón de todo sentimiento de perversidad y de toda propensión a la barbarie [...] la literatura, cuanto más se perfeccione, será menos a propósito para propagar la inmoralidad, y más adecuada para difundir la sólida instrucción y para inspirar con ella las virtudes.²⁰⁰

¹⁹⁸ *Ibid*, p. 50.

¹⁹⁹ Fernando Escalante Gonzalbo, *op.cit.* p. 173.

²⁰⁰ Luis de la Rosa, *op.cit.*, p. 88.

Esas virtudes les darían a los ciudadanos la capacidad de afrontar deberes y seguir las normas de la nueva nación, y la literatura sería una de las formas en que se influiría a cada persona.

Por los motivos acerca de la virtud y del hacer *bien las cosas*, se puede entender que los hombres que asumían el compromiso de la educación tuvieran tanto interés en crear una literatura que instruyera; al respecto, Francisco Zarco invita a los hombres de saber a tomar como suya la misión de instruir:

Nada hay tan contrario al adelanto y al desarrollo de la literatura, como la ambición de honores, como el encono y la envidia entre los dedicados a las letras. Déjense esas pasiones bastardas a las oscuras medianías, y sean un día hermanos los poetas y los filósofos, los historiadores y los que trabajan en los descubrimientos científicos. Todos llevan por objeto la verdad y la moral, todos corren tras de la gloria, todos quieren el adelanto del género humano; únense, pues, y sus esfuerzos no serán aislados, ni estériles.²⁰¹

Todos estos “poetas y los filósofos, los historiadores y los que trabajan en los descubrimientos científicos”, estaban comprometidos con el adelanto de la sociedad y con su mejoría, eran los encargados de crear las ideas que se repartirían a las masas, sus escritos y su enseñanza formaba parte de un modelo de individuo que se insertaría en la sociedad. Nada más importante para esta tarea que la literatura nacional, entre otras cosas, que le daría al pueblo mexicano la clave para lograr pertenecer a la nación mexicana:

Antes de concluir, señores, permitidme expresar la halagadora esperanza de que México, antes de mucho, puede enorgullecerse con una literatura propia, de que ella lleve el sello filosófico de nuestra época, y de que los primeros resplandores de esa vivísima luz, manen puros y deslumbrantes [...] en que la inteligencia es el vínculo de la unión y de amistad entre la juventud ansiosa de ser útil al país, y de generalizar los principios de la virtud y de la

²⁰¹ Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, p. 173.

civilización entre la mayoría de nuestros
conciudadanos.²⁰²

La literatura que engrandecía a la cultura, las costumbres, los paisajes, era, sin negar su belleza y estética literaria, un tipo de mapa ideológico que proyectaba el modelo a seguir.

A pesar de los indicios de nuevas formas de vida en la ciudad, a la organización social que había en ese momento le hacían falta, según la visión liberal, ciertos elementos para que realmente la sociedad estuviera conformada como una civilización moderna: lo que faltaba era una educación y una enseñanza general que terminaran por asegurar el camino de la nación hacia la concreción de una ciudadanía y por ende a la modernización social.

Para ello, la ciudad tenía como función erigirse como un espacio físico en la que se compactaba una sociedad homogénea, conformada por una ideología, ya que el campo, las zonas rurales y las áreas de la periferia, habrían dejado de ser el lugar apto para los humanos porque era la gente de las zonas rurales “campestre, de hábitos rudos y ajena a la refinada urbanidad de la gente de ciudad”²⁰³ la que alentaba el proceso mediático del pensamiento liberal.

Los letrados consideraron a la educación y a la expansión de la civilidad como la herramienta para consolidar a la sociedad que anhelaban, así que la metrópoli pasó a formar parte del lugar en donde se concentra el progreso, tanto técnico como de pensamiento, porque justamente en la ciudad es donde, según ellos, se concentra el mayor razonamiento humano.

Hacía falta con urgencia un modelo *moral* de individuo que enseñara y reprodujeran las masas para la creación de la nación mexicana y del bienestar común,

²⁰² *Ibid*, pp.174-175.

²⁰³ José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 127.

pero además, que alejara a los hombres ciudadanos del pensamiento rural que estorbaba a la nueva ideología que el poder imponía. Este modelo de hombre era el del ciudadano, individuo educado que pensara y fuera capaz de acatar las leyes, con derechos y también con responsabilidades para el Estado, pero: ¿cómo construir un modelo de individuo distinto a lo que eran antes de la independencia?, ¿cómo hacer ciudadanos?, ¿cómo cambiar la forma de pensar y de ser de una sociedad que durante mucho tiempo estuvo encausada en otra dirección opuesta a la nueva, a la del proyecto nacional?

Ciudadano moral

Como había mencionado anteriormente, el modelo del ciudadano es una creación histórica que reposa sobre una idea específica de lo público y de los mecanismos para tratar los problemas colectivos, por lo que este concepto se encuentra estrechamente vinculado con la política y el gobierno.

De la relación entre el gobierno y la colectividad nace la necesidad en la actividad pública de árbitros que medien y respondan a ese sector: el Estado. Esta organización del espacio público también ha necesitado una imagen del hombre y una moral.

La sociedad funciona por medio de un sistema de costumbres que une a los individuos: la nación, la religión, el idioma, etc. Cada una de estas exigencias sociales funcionan de modo que todas se sostienen mutuamente, como bloque. La forma de mantener los distintos modelos de moral se hace por medio de un aprendizaje que condiciona y sanciona.

Así se ha inventado al ciudadano y la serie de valores que lo rodea, pues éste, antes que otra cosa, es un individuo, y como individuo es la realidad básica de la vida social del ideario liberal, éste no se compromete con la vida y el bienestar común,

debido a que el concepto de libertad del liberalismo no compromete a nadie a ver por el otro. La libertad de cada individuo radica en que nadie puede meterse en su vida ni encargarse de su bienestar, para ello están las instituciones que el poder impondrá a través del voto y la elección del gobierno.

Pero para crear ciudadanos con una moral que vieran por sí mismos y no en comunidad eran necesarios mecanismos que aseguraran el orden establecido por el liberalismo, el cual confiaba en que el poder transformador de la educación los mantendría unidos en la tarea de lograr el progreso²⁰⁴. Sólo una educación literaria enseñaría a las masas la forma de ser y de actuar, únicamente por el camino de las ideas se llegaría a un cambio social y de pensamiento en los niños y jóvenes que más tarde conformarían el estrato ciudadano mexicano:

Como, según nuestro plan, escribimos para la juventud y el vulgo, nos parece inexcusable hacer una reseña, y al mismo tiempo tributar un homenaje de reconocimiento y respeto debido a la memoria de los brillantes genios y sabios escritores mexicanos, cuyas infatigables tareas honraron el tiempo en que vivieron, y prestando servicios a la patria, contribuyeron con sus luces, estímulo y ejemplo, a la ilustración de sus conciudadanos, a las mejoras sociales, y a dar un impulso y extender la esfera de los conocimientos humanos y el fomento de las ciencias y las artes²⁰⁵.

La literatura se convirtió así en el mapa imaginario que indicaba los modelos sociales que engrandecían a la nación. La literatura podía mostrar los tipos de moral y virtud necesarios para ser buenos ciudadanos pues “la moralidad no procede de una deducción lógica, ni de una sumisión a principios generales: es el resultado de una práctica habitual, donde operan acuerdos contingentes [...] sobre lo bueno y lo malo, sobre cómo hacer las cosas y cómo comportarse”²⁰⁶. Es decir, que para cada sociedad, para cada política y para cada época habrá una manera de ser moralmente correctos, estos

²⁰⁴ *Historia general de México*, p. 569.

²⁰⁵ Tadeo Ortiz de Ayala, *op.cit.*, p. 36.

²⁰⁶ Fernando Escalante Gonzalbo, *op.cit.*, p.30.

tipos de moralidad serán enseñados de distintas formas: por ejemplo, la tradición republicana que tiene como modelo a la Roma clásica y que confía en la virtud ciudadana y el énfasis en que existe un bien público más allá del bien individual. Por otra parte, la tradición liberal se concentra en las garantías individuales, en la tolerancia y en la necesidad de respetar un orden jurídico; el respeto al individuo, en su carácter privado, es el fundamento de la moral pública.²⁰⁷ Pues debemos recordar que para ellos la libertad es uno de los preceptos más importantes, entendida esta como el no entrometerse en la vida del otro: la “ciudadanía reposa sobre el conjunto de valores y supuestos del individualismo. El ciudadano, antes que otra cosa, es un individuo, y como individuo es la realidad básica de la vida social.”²⁰⁸

La enseñanza y los ciudadanos

Hablar de *moral* supone a grandes rasgos “el respeto del orden jurídico, la responsabilidad de los funcionarios, la participación ciudadana, la protección de los derechos individuales [...] Esa idea hecha es el “modelo cívico”.”²⁰⁹ Pero además, la moral tiene la función de reformar ciertas conductas que en una sociedad pueden o no ser aceptadas. La moral establece las formas en que un individuo dentro de un orden debe comportarse, así se han organizado las sociedades formando una imagen del hombre y de un estilo de ser y pensar: así se crea al ciudadano.²¹⁰

El pensamiento liberal esperaba que las letras funcionaran como un poderoso instrumento que propagara la instrucción, la moral y la virtud y las verdades científicas y racionales, pues ellas instauraban el tipo de persona que se debía ser y la moral que debía seguirse. La rectitud moral garantizaba la verdad de lo que se decía porque al acatarse o no, la sociedad fungía como un tribunal que censuraba o aprobaba

²⁰⁷ *Ibid*, p. 33.

²⁰⁸ *Ibid*, p. 37

²⁰⁹ *Ibid*, p. 32.

²¹⁰ *Ibid*, p. 37.

públicamente las costumbres y conductas, fijando una opinión social o una reputación frente a las masas a las que tenían acceso.

Según Francisco Ortega, fue en su época en donde se cultivó la literatura con más fuerza, “todos los ramos de las bellas letras se enriquecen diariamente de una manera asombrosa, aun en los pueblos en que hace medio siglo estaba como adormecida la inteligencia humana”²¹¹. Era la literatura la forma para expresar las ideas de la verdad y la moral, pues “enseñar verdades luminosas, corregir los vicios nocivos a la humanidad, dar un poco de fe y de esperanza a los que padecen en la Tierra, es la misión grandiosa de la literatura en nuestros días.”²¹²

Las letras eran el mecanismo para redimir a la humanidad y otorgarle un ejemplo de moral, sacarla de su estado bárbaro y convertirla en una nación próspera con un camino hacia el progreso, pues “en todo género de composición se busca la verdad y la filosofía”²¹³, pero también es la forma en que se puede organizar el caos que reina en una sociedad donde aún no llega por completo la civilización, si reinaba el caos, la escritura, en su operación generalizadora y homogeneizadora, era un modelo fundamental del proyecto de racionalizar²¹⁴. Francisco Zarco decía en su “Discurso sobre el objeto de la literatura” que la literatura era el medio más poderoso de civilización y de adelanto para el género humano por “hacer triunfar los principios eternos e inmutables de la moral y de la virtud.”²¹⁵

Para él, la importancia de la moral era imprescindible para el tipo de Estado que él defendía; valores como estos hacían que los ciudadanos acataran las reglas y las leyes del estado-nación naciente, además, la necesidad de un ciudadano moral se fundamentaba en que a partir de él se crea un sector social capaz de comportarse

²¹¹ Francisco Ortega, *op.cit.*, p, 133.

²¹² Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, *La misión del escritor*, p. 173.

²¹³ *Ibid*, p.173.

²¹⁴ Julio Ramos, *op.cit.*, p. 34.

²¹⁵ Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura” en *La misión del escritor*, p. 164.

conforme al proyecto de gobierno con el que Zarco se identificaba, por eso él hace énfasis en la necesidad de una virtud y de una moral que llevarían a la sociedad a la civilización²¹⁶, pues con esos valores era posible convertir a los hombres para hacerlos capaces de llevar a cabo un trabajo, tener una profesión, y ser actuantes en su entorno, seres activos que participan en tan deseada ciudadanía.

Podemos ver que la idea de un ciudadano activo en la sociedad responde a un modelo cívico que a costa de luchas políticas y de diferencias entre pensadores logró instaurarse en cierto tipo de individuo, este modelo responde a valores de una moral pública que también se instauró como parte del proyecto de creación de ciudadanos. La moral pública funcionó como el sistema de usos y costumbres que correspondían a la resolución de conflictos colectivos basados en la ideología liberal, los problemas de autoridad, de justicia, de jerarquía, etc., que forman parte del sustento ideológico del que Tadeo Ortiz de Ayala, por ejemplo, era partidario; él hizo en uno de sus discursos una lista en donde elogiaba los elementos que tiene la ciudadanía francesa, él se identificaba con las cualidades de esa sociedad no sólo porque le parecían buenas sus actitudes y su forma de ser, sino porque justamente el pensamiento liberal se veía reflejado en una sociedad para ellos considerada como adelantada, de ahí la admiración:

La jovialidad y alegría de los franceses, su cultura en el trato, su afabilidad e hidalguía, la hospitalidad y el respeto que dispensan al extranjero en lo general, su franqueza y hasta su ligereza para olvidar agravios y transigir querellas, y por último, su tolerancia y delicada decencia en sus maneras, son sin duda cualidades debidas en parte a los efectos de la educación y al cultivo de las ciencias y artes nobles de esta nación generosa, destinada a grandes empresas.²¹⁷

²¹⁶ Estos significados se dan gracias a diferentes conjuntos de ideas acerca de lo que es la vida pública, como los valores de la tolerancia, la virtud, la solidaridad, la justicia, etc., este modelo es el resultado de la historia, pero tiene trasfondos que hicieron de él la formación de este concepto: la tradición republicana, la liberal y la democrática.

²¹⁷ Tadeo Ortiz de Ayala, *op.cit.*, p. 37.

La lista de valores enmarca los sentimientos y los elementos que una sociedad ejemplar debía tener, todos ellos sugieren que existen hombres con una verdadera moral que debería ser imitada, y si este tipo de individuos ha sido creado gracias a la educación y la cultura, la forma de igualarlos debería ser la misma. “La jovialidad y alegría de los franceses, su cultura en el trato, su afabilidad e hidalguía, la hospitalidad y el respeto” son los valores que se le atribuyen a la educación y a la cultura, y por lo tanto son los que las naciones que quieren llegar “a grandes empresas” deben imitar.

Un modelo de moral público puede ser construido a partir de ciertas prácticas de la sociedad que pueden ser habituales a los hombres, por ejemplo, la educación, pues a partir de ella penetraría un modelo de ciudadano, escribiendo qué es ser nacional el “fundamento es [parece] mucho más sólido, pues reposa sobre una conciencia de obligación moral, sobre la validez intrínseca de las normas. Sencillamente, la moral pública dice *cómo se hacen* las cosas.”²¹⁸ Es decir que la relación entre la ciudadanía y la obediencia política se fundamenta en que existe una lealtad individual hacia las instituciones políticas, bajo la forma de Estado, que hace que el individuo por sí mismo acate las normas que el poder impone, pues “El fundamento de esa lealtad es la convicción de que el Estado se instituye para el Bien Común, y la conciencia de un vínculo de solidaridad con el resto de los ciudadanos, mediado por la Ley.”²¹⁹

El pensamiento liberal decía que era necesario acatar las leyes que el Estado otorgaba porque así asegurábamos y nos aseguraban tener una vida libre, así, si respetamos las leyes, nos interesamos por el bien público, el patriotismo, y la nación, nuestro bienestar estará asegurado.

²¹⁸ Fernando Escalante Gonzalbo, *op.cit.*, p. 42.

²¹⁹ *Ibid*, p. 51.

Es claro que antes de que este pensamiento llegara a México los elementos de conducta cívica y moral eran otros, y que el pensamiento de los campesinos, hacendados, indígenas, clérigos y políticos fuera totalmente distinto,

Encuentro, por ejemplo, que la conducta cívica del campesinado sigue una lógica comunitaria que obstruye la lealtad cívica, pero induce por su parte otras formas de participación. [...] Los políticos, por su parte, rara vez aparecen como “representantes” de la ciudadanía.²²⁰

La moral cívica era la base ideológica que cambiaría la forma de pensar de aquellas personas que aún no se encontraban dentro del orden ciudadano, y que por lo tanto no estaban adheridas a las ideologías del Estado y sus leyes.

Educación e instrucción

La educación les interesaba a los letrados por el bien común de la sociedad y por el amor a la patria, pero además, detrás de los discursos y defensas a favor de la educación había intereses políticos y de poder que sólo triunfarían si el proyecto nacional resultaba exitoso.

La modernización de la enseñanza superior, la expansión de una educación popular, y la racionalización de las creencias y el culto fueron considerados como condiciones imprescindibles para alcanzar la civilización moderna; las letras eran uno de los elementos más importantes para formar a la sociedad que ellos esperaban tener y con lo que la estructura social estaría realmente establecida.

La literatura propagaba en el pensamiento de los futuros ciudadanos ciertas prácticas para pertenecer a la sociedad moderna, además, el amor por las letras y el gusto por conocerlas era un medio para después querer conocer más acerca del mundo;

²²⁰ *Ibid*, p. 52.

de ellas se derivaban cuestionamientos acerca de la racionalidad, de la ilustración y de la cultura, elementos que se diferenciaban notablemente de la “barbarie”, porque

una vez adquirido el amor a lo bello, el gusto por la literatura y el hábito de los escritos poéticos y composiciones literarias de toda clase, el hombre no se satisface con los deleites que un solo ramo de estos conocimientos podría proporcionarle, y vence luego todas las dificultades que presenta el estudio de las lenguas para conocer en su origen, y para estudiar bajo sus formas primitivas las bellezas que el genio humano ha concebido en todas las naciones y que ha expresado en tantos idiomas diferentes.²²¹

Luis de la Rosa explicaba acerca de la necesidad de la literatura que “El hombre, algunas veces, necesita hablar en el lenguaje de la poesía como necesita el sediento refrescar su labio en una fuente”²²² y ponía como ejemplo que nadie negaba la necesidad de la historia y que para escribirla era necesario conocer acerca de lo que se estaba hablando, pero además tener un bagaje cultural que permitiera al hombre entender

que para escribirla, se necesita un gran fondo de filosofía, una vasta instrucción, una erudición selecta, y una imaginación viva y ardiente [...] Agréguese todavía la necesidad de estudiar la cronología de muchos pueblos para fijar con acierto las épocas más memorables y se formará alguna idea de la vasta instrucción que es necesaria para escribir la historia.²²³

La literatura producía un campo de identidad que permitía extender el orden de la civilización a las zonas insubordinadas de la “barbarie”²²⁴. Si un sujeto bajo el yugo de la “barbarie” era ilustrado, su condición como ser social dentro de un entorno moderno sería más fácil. El hombre bárbaro era entonces sometido a la ley de la escritura, la cual lo haría un ser pensante y activo por medio de la razón:

²²¹ Luis de la Rosa, *op.cit.*, p. 92.

²²² *Ibid*, p. 97.

²²³ *Ibid*, p. 97.

²²⁴ Julio Ramos, *op.cit.*, p. 93.

Si el analfabetismo era un rasgo del “bárbaro”, ¿cómo incorporarlo al “público”, a la escritura? Ahí aparece la función del educador [...], es decir, gracias a esos intermediarios la escritura sería capaz de extender su dominio más allá del reducido mundo del público urbano.²²⁵

El hombre necesitaba tener una dirección moral, necesitaba un instrumento con el cual diferenciarse de la barbarie, y este sería el de la educación literaria, por eso para los hombres de letras y para el Estado era tan importante comprometerse con la enseñanza, de esta forma sería asegurado el nuevo comportamiento de la gente que poco a poco se instauraría en un orden de civilización: “la literatura comienza a desear ser un campo de inmanencia, un discurso (no un medio) capaz de participar activamente en una sociedad.”²²⁶

Eran los hombres de letras los que, por medio de sus creaciones literarias-ideológicas, lograrían que el proyecto de modernizar a la sociedad finalizara en la constitución de un conjunto de ciudadanos que representaría el desarrollo humano, y convertirían, por medio de la educación, a la barbarie del país en una civilización “mexicana”, finalmente eran ellos los que llevarían a cabo la “extraordinaria tarea de transformación social”²²⁷. Aquella transformación implicaba el establecimiento del nuevo orden de gobierno, en el cual uno de los elementos representativos era el de la educación, la democracia, una constitución escrita.

A los hombres de letras les interesaba llevar a cabo su proyecto político por medio de los escritos que creaban y de la educación: “¡juzga mexicanos, ¡cuáles y cuán grandes serán los progresos de estas ciencias y las artes útiles y de buen gusto, cuando formalmente se enseñen, fomenten y protejan!”²²⁸, en esta cita podemos ver dos cosas,

²²⁵ *Ibid*, p. 94.

²²⁶ *Ibid*, p. 174.

²²⁷ Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en América Hispánica*, p. 68.

²²⁸ Tadeo Ortiz de Ayala, *op.cit.*, p. 37

por un lado, se enuncia una vez más el poder que las ciencias pueden traer de bueno a las sociedades que se forjen a partir de un pensamiento progresista, pero además, es interesante ver que el autor llama a que se enseñen de manera “formal”, pues el pensamiento liberal veía en las instituciones una forma de control de la sociedad, a partir de ellas se podía manejar el poder y al mismo tiempo, el tipo de enseñanza que se quería otorgar. Los letrados pensaban que cuando los conocimientos “formalmente se enseñen” sería cuando el país tendría progresos; la tarea era difícil, sobre todo en una sociedad tan compleja por su historia y por sus acontecimientos, pero el pensamiento liberal confiaba en que se lograría con educación y nuevas instituciones, Zarco decía con respecto a la idea de gobierno que:

[...] si se quiere conservar las instituciones y afianzar la independencia, se debe ante todo procurar ilustrar a las masas, y darles una educación civil [...] para que amen el trabajo y la familia, respeten las leyes y se esfuercen por labrar su propia felicidad.²²⁹

En este caso, cuando nombra a las instituciones se refiere a los centros educativos y culturales que formalizan la enseñanza, además de la virtud, la libertad, y los valores que formaban parte de la ideología; la educación, el trabajo y la familia formaban parte de un escenario óptimo del ciudadano que respetaría las leyes que el poder, en su preocupación por el bienestar de la gente, otorgaba a la población, sólo mediante estos preceptos los hombres tendrían derecho y posibilidad de felicidad, pues

Tal es la educación que conviene a los pueblos en nuestro concepto [...] inspíreseles la práctica de todas las virtudes,²³⁰

Según el pensamiento liberal, los hombres están desprovistos de virtudes, sin embargo, esto no forma parte del problema social, pues para ello estaba el Estado que preocupado por los hombres que constituían su sociedad, enseñaría a éstos los valores y las virtudes

²²⁹ Francisco Zarco, “Instrucción pública”, p. 105.

²³⁰ *Ibid*

que se debían tener, pero además, para contrarrestar la poca o nula existencia de ellas, las instituciones funcionarían como un medio capaz de subsanar aquellas faltas de participación ciudadana

y hágaseles estimar los derechos que les conceden las leyes,²³¹

es decir, que los ciudadanos debían estar agradecidos por las condiciones que el Estado les garantizaba por medio de esas instituciones que defendían sus derechos, mismos que, aunque el pensamiento liberal veía como derechos obtenidos simplemente por ser humanos, no significaban defendidos o respetados, para ello, el gobierno y sus instituciones se encargarían de protegerlos mediante leyes

y cada ciudadano tomará el mayor interés en la suerte de la patria, estará dispuesto a defender su independencia y su libertad,²³²

porque estará agradecido con las instituciones que defienden su libertad y su bienestar, así, los hombres serían libres y finalmente, convertidos en ciudadanos, defenderían su patria y su nación

y habrá verdadero espíritu público, que es el que anima a todas las empresas útiles, a todas las mejoras materiales.²³³

Este párrafo hace evidente el pensamiento acerca de que al ilustrar a las masas se les está mostrando el camino moral y civil que debe seguirse para comportarse como una sociedad en progreso, con los valores y virtudes que harán de su espíritu uno libre²³⁴.

²³¹ *Ibid*

²³² *Ibid*

²³³ *Ibid*

²³⁴ Debe recordarse que según las bases ideológicas del pensamiento liberal, la libertad de los hombres es sumamente importante, según Félix Ovejero en su libro *Incluso un pueblo de demonios: democracia, liberalismo, republicanism*, es la “libertad negativa” aquella en la que las decisiones de las personas son casi intocables, nadie puede meterse con tu forma de pensar y de ser, y de manera recíproca, tú no debes tener nada que ve con la libertad de los otros, la libertad liberal es entonces aquella en la que la sociedad tiene el mínimo de intromisiones en la vida de cada individuo.

Queda claro que el autor deja en manos de las instituciones la enseñanza y la educación para que los ciudadanos aprendan a acatar las leyes del Estado sin dejar de lado los derechos que le corresponden. Zarco deja ver que por medio de la educación y la ilustración de las masas los hombres podrán conocer sus leyes y sus derechos y que sólo así esos hombres “podrán defender su independencia y su libertad”.

Francisco Zarco estaba seguro de que la educación era el pilar de la libertad y del mejoramiento del país, las herramientas para llevar a cabo este proceso eran, sin lugar a dudas, las de la educación y las escuelas.

Las escuelas, la educación y la enseñanza cultural reforzarían el ideario nacionalista y traerían los bienes de la democracia, la moral y la virtud cívica: “Nada es más contrario a los adelantos morales y materiales de cualquier país que la ignorancia del pueblo. Sin instrucción en todas las clases de la sociedad, todas las instituciones son imperfectas [...] porque un pueblo ignorante está expuesto a extraviarse.”²³⁵

La forma de pensar de los hombres cambiaría cuando lograra penetrar un modelo de individuo que reflejara lo que era ser un hombre de nación: “Había que reformar la enseñanza pública, finalmente, en su contenido.”²³⁶, se miraba la vocación política como la causa que debería ayudar a modelar el México deseado, y la vocación del letrado, como ya noté, era el instrumento para educar en los nuevos principios y valores que el proyecto imponía:

brillantes genios y sabios escritores mexicanos, cuyas infatigables tareas honraron en el tiempo[...] y prestando servicios a la patria, contribuyeron con sus luces, estímulo y ejemplo, a la ilustración de sus conciudadanos, a las mejoras sociales, y a dar un impulso y extender la esfera de los conocimientos humanos y el fomento de las ciencias y artes²³⁷.

²³⁵ *Ibid*, p. 104.

²³⁶ Pedro Henríquez Ureña, *op.cit.* p. 75.

²³⁷ Tadeo Ortiz de Ayala, *op.cit.* p. 37.

Zarco decía que la enseñanza “es también un derecho del pueblo. El derecho a sumarse a los esfuerzos del progreso, a ilustrarse, a perfeccionarse.”²³⁸

Si recordamos una vez más las bases ideológicas del pensamiento liberal, podemos decir que las instituciones eran fundamentales a la hora de regir al Estado, pues a los ciudadanos se les tenía cierta desconfianza en que podían formar parte activa en la resolución de problemas y en la forma de atenerse a las normas y leyes establecidas, por ello las instituciones eran de gran ayuda, parecía que con su forma de pensar decían: ya que el ciudadano no es capaz de seguir las reglas del juego, invitemos a un réferi que velará por todos y que revisará que el juego se lleve en paz, y si los jugadores fallan (como se esperaba que sucediera), yo estaré ahí para resolver lo que se tenga que resolver; así, los hombres de letras justificaban que era importante que el gobierno formalizara la educación por medio de las escuelas:

Concluiremos excitando a nuestros compatriotas sobre la necesidad que tiene la nación de reunir en forma y con autoridad legal, un cuerpo de sabios y literatos, o sea el construir una academia de ciencias consagrada a su cultivo, extensión y protección, con el cargo de dirigir la instrucción pública, y cuidar de las mejoras y fomento de los establecimientos científicos existentes y los que convenga crear [...] y son indispensables y dignos de tomarse en consideración por una administración ilustrada y creadora.²³⁹

La literatura fue así un dispositivo que formalizaba, educaba, y al mismo tiempo distribuía los conocimientos necesarios para la nación, porque “La simple manifestación de esta idea os demostrará cuán sublime es el ministerio de la literatura, que cubriendo con sus protectoras alas a todas las ciencias y a todas las artes, endulza la aspereza de la enseñanza y franquea la espinosa senda de la sabiduría”²⁴⁰. Las letras eran un elemento estructurador de la educación y de la formación de los ciudadanos y a partir de una

²³⁸ José Woldenberg, *Francisco Zarco*, p. 37.

²³⁹ Tadeo Ortiz de Ayala, *op.cit.*, p. 42.

²⁴⁰ José María Lafragua, *op.cit.*, p. 70.

repartición de estos conocimientos se lograría llevar a cabo el proyecto de Estado moderno que se estaba buscando para acabar finalmente con ese “barbarismo” que tanto estorbaba a la nueva nación, porque “Las letras proveían el “código” que permitía distinguir la “civilización” de la “barbarie”, la “modernidad” de la “tradición”, marcando así los límites de la deseada *res pública* en oposición a la “anarquía” y el “caos” americano.”²⁴¹

Las escuelas y la educación acabarían por enseñar y promover la libertad de los individuos, eran necesarias instituciones formalizadoras que terminarían por ordenar a las sociedades:

Escuelas primarias es lo que debe fundarse en toda la extensión de la República sin omitir esfuerzo de ninguna clase ni el poder federal, ni las autoridades de los estados. Esto es lo que más importa para asegurar el futuro bienestar de México y hacerlo marchar en la senda de la civilización y la democracia.²⁴²

Francisco Zarco decía en uno de sus discursos: “Enséñese al pueblo a leer, a escribir, elementos de aritmética [...]; explíquesele lo que es la Constitución de su patria, las obligaciones que tiene para con ella, y con esto sólo se facilitará el adelanto en los conocimientos más elevados.”²⁴³, y es que la defensa de la educación del pueblo no sólo crearía ciudadanos para el nuevo orden de Estado que se instauraba, sino que muchos letrados veían en los saberes la forma de liberar al pueblo, de otorgarles valores que las instituciones liberales defendían; por medio de la educación y del conocimiento del mundo y de las distintas artes y ciencias “El hombre se aproxima a Dios por la inteligencia [...pero] la inteligencia lo hace superior a todas las obras de la creación [...] Por ella las tribus nómadas han fundado magníficas y poderosas ciudades y los salvajes

²⁴¹ Julio Ramos, *op.cit.*, p. 63.

²⁴² Francisco Zarco “Instrucción pública”, p. 105.

²⁴³ *Ibid*, p.105.

se han hecho ciudadanos.”²⁴⁴ La inteligencia es el poder que tienen los hombres para controlar su entorno, él mismo lo dice cuando le da mayor importancia al conocimiento sobre cualquier creación divina que no hace de los salvajes hombres de bien como sí lo hace el saber y la razón.

Zarco dijo en uno de sus textos que “la ilustración de todos los hombres acaudalados interesa demasiado a la República. Su elevada posición social unida al perfecto desarrollo de su inteligencia, contribuirá poderosamente al engrandecimiento del país.”²⁴⁵ porque en realidad, al ilustrar a los ciudadanos, se hacían más sólidas las ideas acerca de la actuación de éstos frente a la sociedad, los ciudadanos jamás participarían en las actividades políticas del país (a no ser por las votaciones, quizá) pero harían legítimos a los diferentes actores que representaban a la sociedad, por ello, precisamente, era tan importante que aprendieran de sus derechos y sus leyes.

Zarco pensaba que la repartición de la educación era una de las obligaciones que el Estado tenía con sus ciudadanos, era la reciprocidad con la que ellos más tarde pagarían atendiendo a las leyes y llevando una vida ciudadana: “Cuando ni la familia, ni la municipalidad pueden proporcionar la educación, este derecho le corresponde al Estado, porque el Estado no es más que la suma de las fuerzas individuales, y todas ellas deben contribuir al perfeccionamiento de sus miembros.”²⁴⁶, y esta suma de fuerzas se convertiría después en alguna institución creada para el fin de resolver eso que los ciudadanos, incapaces, no podían manejar.

Una vez más, puede verse la importancia de dejar claro los nuevos estatutos del Estado, y ese sentimiento de protección que éste otorgaría a sus hombres:

No es a nosotros a quienes toca indicar el modo de emprender esa reforma, ni los medios de llevarla a cabo; pero creemos que para lograrla sería conveniente la

²⁴⁴ Francisco Zarco, “En el congreso constituyente”, p. 408.

²⁴⁵ *Ibid*, p. 416.

²⁴⁶ *Ibid*, p. 414.

impresión de obras apropiadas al objeto, el establecimiento de escuelas modelos, y de premios, y de penas para los casos en que sean necesarias.²⁴⁷

Una vez más se fortalece el pensamiento liberal acerca del poder y su posición protectora frente a los ciudadanos, como ellos no pueden resolver sus problemas y mucho menos entrar a debatir con los otros ciudadanos debido a que su libertad estaría cercenada, el gobierno debe entrometerse en la vida pública y otorgar a los hombres el bienestar y los derechos que les pertenecen

Al gobierno que es depositario de la confianza pública, y que ha jurado hacer la felicidad de la patria, es a quien corresponde no desentenderse de esta obligación sagrada, y buscar los medios que sean convenientes para cumplir con el esmero que tiene derecho a exigir el pueblo.²⁴⁸

Aquí puede verse el sistema de gobierno en el que el hombre responde al gobierno y trabaja para el Estado y, a cambio, el gobierno les otorga ciertos beneficios a sus ciudadanos, como derechos, leyes, una Constitución, educación, etc. Zarco opina que este beneficio debe ser dado por el Estado, pues finalmente éste es el interesado en que la educación enseñe a los hombres cómo se debe ser o no ciudadano, qué es lo que está mal o bien, cuál es el modelo de moral en el que se deben mover los hombres de la nueva nación mexicana, porque “la inoculación de la ciencia en las masas del pueblo no puede ser un privilegio, ni mucho menos un monopolio, porque es un derecho social.”²⁴⁹

La problemática relacionada a la necesidad de educación era argumentada ya no sólo por la enseñanza de la literatura nacional, sino que, según el discurso de los hombres de letras, la literatura traería consigo el amor a otras artes y otras ciencias,

²⁴⁷ *Ibid*, p.414.

²⁴⁸ Francisco Zarco, “Educación de las mujeres”, pp. 112-113.

²⁴⁹ Francisco Zarco, “El congreso constituyente”, p. 413.

funcionaban como una palanca que empujaba hacia más conocimientos por parte de los lectores que se interesarían además por otros estudios:

Nadie negará la utilidad de la historia, nadie desconocerá que, para escribirla, se necesita un gran fondo de filosofía, una vasta instrucción, una erudición selecta, y una imaginación viva y ardiente. Sin filosofía, es decir, sin el conocimiento del corazón humano [...] la historia es una relación cansada y fastidiosa, que no tiene interés alguno porque el lector no sabe qué moralidad pueda sacar de los hechos que tan áridamente se refieren. [...]

Por otra parte, Zarco atribuye el conocimiento legítimo al desarrollo de la virtud y la verdad, sin ellas, los saberes no podrán ser escritos ni estudiados y por ende, nunca podrán ser vistos como reales. La historia necesita de la razón y de “las luces” para poder ser verdadera

Pero, sin crítica, sin luces para discernir la verdad o la falsedad de los hechos, la historia no puede ser más que una fábula o una novela.

Es decir, que sin conocimientos previos acerca de lo que se estudie, no puede decirse que se puede encontrar la verdad, o que, peor aún, que lo estudiado y aprendido se convierte en un mero invento narrativo.

El historiador necesita, pues, estudiar la mitología del país [...] Añadiendo a todo esto algún conocimiento de los idiomas del país, de su literatura la biografía de sus más célebres personajes, el historiador habrá adquirido la erudición que es necesaria para escribir la historia.²⁵⁰

En esta cita se hace evidente la apelación a una creación literaria basada en la historia, la cultura y el idioma del país, pero además, da importancia a los personajes que hicieron de su país una nación, los que pelearon por su independencia y los que se encargan de la política, pues sólo así la historia de una nación puede estar completa.

²⁵⁰ Luis de la Rosa, *op.cit.*, pp. 97-98.

Conclusiones

Este trabajo expuso algunos de los temas acerca de la importancia de la literatura en el México de la primera mitad del siglo XIX cuando, consumada la independencia, la facción política liberal justificó las bases de su ideología por medio de diferentes mecanismos.

Hay que resaltar que los letrados mexicanos tuvieron un papel sistemático de suma importancia en la conformación de la nación; su participación se llevó a cabo por medio de la creación de obras que justificaban la necesidad de reformular la enseñanza y educación en México, para crear seres sociales funcionales a su política. Los ciudadanos debían ir en la misma dirección de pensamiento y también en la forma de actuar y pensar, es decir, que se debía homogeneizar en lo posible a la sociedad para satisfacer el escenario político, en este caso, de los pensadores liberales.

Por otra parte, con este trabajo pudimos ver cómo, a partir de la reformulación de valores y virtudes, se le instruyó al hombre para consolidar el sector ciudadano. La ciudadanía era parte integral del proyecto político liberal, por lo que la literatura funcionaría como un mecanismo que cambiaría la mente de los hombres, los moldearía y les daría las herramientas para comportarse como ciudadanos, pero además, la literatura funcionaba como un elemento de perdurabilidad del proceso de enseñanza, por medio de las creaciones literarias nacionales se aseguraba el mantenimiento de la ciudadanía.

La literatura pasó a formar parte de los instrumentos con los que el poder liberal contaba, en ella se alentó a los hombres al amor por la patria, a la necesidad de crear instituciones capaces de otorgar educación y enseñanza, a respetar las leyes y finalmente, a respetar al gobierno porque él otorgaba el bienestar que entre ciudadanos no se podía obtener.

Pudimos ver que no hay nada raro cuando tenemos que hablar de literatura y política, en terrenos diferenciados y en ocasiones incluso antagónicos. En todo caso, lo que nos parece difícil, para lo que tenemos que esforzarnos especialmente, es para reunir esos términos en una sola interpretación. “Justamente cuanto más políticos se tornan los escritores, menos literarios nos parecen; cuando se insinúan menos perdurables es justo cuando prueban su pluma en el terreno de la producción de textos”²⁵¹.

Finalmente, pudimos ver que para los letrados el mecanismo de la educación era de suma importancia, era uno de los elementos necesarios para que la sociedad fuera más civilizada, que pudiera utilizar la razón para vivir mejor y que, finalmente, esta razón iluminaría las mentes para hacerlas más elevadas.

No debemos olvidar que esta idea acerca de que las sociedades más civilizadas tendrán más libertad en la medida de sus conocimientos, viene dada por intereses colectivos, políticos y de poder, que profesaban que no había mejor manera de defender esa libertad que integrándose en la sociedad como ciudadanos, capaces de crecer intelectualmente para mejorar sus condiciones de vida.

En los discursos analizados pudimos entender cómo los letrados apelaron a la creación de una literatura nacional y a la constitución de instituciones que establecieran en *orden* la cultura nacional, otorgando a los lectores los ideales ciudadanos y el modelo de hombre que se debía seguir. Los hombres de letras pertenecientes a la política liberal argumentaron abiertamente sobre el problema de la falta de ciudadanos capaces de actuar según sus intereses en la sociedad y de acatar las leyes que el poder quería imponer, por ello, vieron en la educación las bases para enseñar preceptos acerca de la nueva nación.

²⁵¹ Luis Fernando Barajas, *op.cit.*, p. 38.

Los letrados pelearon por una educación igualitaria, una enseñanza de las leyes, de la Constitución, de los deberes y derechos que como hombres tenían, pero pudimos ver que además, detrás del amor por su patria y por la nueva nación, también hubo intereses políticos y económicos que movieron al intelecto a defender la educación.

Por otra parte, este trabajo demostró el peso del concepto de modernidad y el de civilización que los países europeos divulgaron con la Ilustración y la *razón*, y que fueron una de las causas principales por las cuales los países americanos que estaban en la búsqueda de una identidad nacional intentaron imitar: Latinoamérica esperaba ser auténtica y única frente a las otras naciones, así que los letrados buscaron una cultura que se definiera a sí misma, con una literatura, un lenguaje y una forma de pensar.

La literatura mexicana de cada época tiene su especial importancia, pero en la primera mitad del siglo XIX tomó un papel preponderante cuando se le adjudicó a ésta la utilidad de funcionar como mapa moral y cívico para enseñar y educar a la sociedad.

Los pensadores liberales defendieron su ideal de poder y de nación por medio de la concreción de sus ideas en las letras, lo cual demuestra una vez más el poder que le adjudicaron a esta labor, y la importancia que le dieron al desarrollo de centros culturales, revistas, instituciones, etc., que dedicaron sus esfuerzos a demostrar la existencia de la nación.

A partir del conocimiento de la ideología de los cinco autores que traté en el trabajo, pude ver cómo el pensamiento liberal marcó de muchas formas la política y la cultura que hoy reconocemos como propia, pero sobre todo de una forma de actuar y de pensarnos mexicanos que en un momento dado formaba parte del ideario de un proyecto de nación.

Cuando yo inicié este trabajo, mi percepción acerca de la literatura del siglo XIX en Latinoamérica era distinta, la idea acerca de qué es literatura, porque la academia

determina qué es la literatura mexicana y a partir de qué momento de la historia se empieza a estudiar, son preguntas que ahora con más fuerza me hago y que al mismo tiempo, con más claridad me respondo.

A lo largo del trabajo de investigación pude comprender que los hombres de letras que decían estar comprometidos con la educación del país y con la firme posición de enseñarle a la sociedad el amor por la nación, tenían tras sus argumentos intenciones políticas y de adquisición de riqueza y poder.

Por otra parte pude reconocer que para entender de manera global un texto no basta con estudiar al autor, la clave para conocer el texto de forma sustancial se da cuando el que estudia conoce el entorno en que fue escrito, las intenciones del texto, y lo que la obra representa.

Finalmente, pude ver la importancia de la literatura mexicana del siglo XIX, de la que aún hoy se puede percibir su legado y “cada vez que se repite ingenuamente que Latinoamérica es un mundo joven, se comete, además de un error conceptual propio del naturalismo, un error de hecho. La historia anterior a las postimetrías del siglo XV configura una realidad sociocultural de cierto tipo; y la llegada de los europeos provocó una crisis de cambio, que aunque en algunas partes llegó a exterminarla, en otras muchas se limitó a alterarla provocando un fluido y complejo proceso de transculturación.”²⁵² Ese proceso forma parte de lo que hoy es México y Latinoamérica, y de la fusión de distintas culturas que fueron víctimas de un borramiento causado por la misión imperial y más tarde la tarea de modernizar a los pueblos americanos. Basta mirar a los pueblos del mundo que dentro de la tendencia de la modernidad y su configuración de tiempo y espacio han destruido e intentado eliminar todo vestigio de aquellas culturas en nombre de la industrialización y tecnología que brinda el desarrollo,

²⁵² José Luis Romero, *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, p.29.

la modernidad, la ciencia y la razón, por ello, debemos tener presente que los intereses de los escritores y de la intelectualidad mexicana ha derivado en varias ocasiones en la situación actual de las sociedades, tanto para bien como para mal.

Para finalizar, me parece pertinente hacer una reflexión acerca de la cultura mexicana y particularmente de *nuestra* literatura. A lo largo de la historia se nos han hecho creer infinidad de hechos acerca de la cultura mexicana, hechos que muchas veces creemos precisamente porque quienes los escriben tienen un peso específico en nuestra historia que no podemos pasar por alto. Sería necesario intentar pensar la historia y las bases de un poder y un Estado diferente a partir de nosotros mismos y de América y no de una cultura europea que a lo largo de los siglos ha moldeado la forma de pensar y de pensarnos, para poder entender y hacernos preguntas necesarias como ¿porqué debemos pertenecer a esas sociedades llamadas civilizadas? y si entonces es pertinente pensar que quizá la realidad de la educación que desde el siglo XIX en México se ha buscado, no se preocupa más por pertenecer a la lista de países en desarrollo y no por educar de verdad, con conocimientos que refuercen y enfatizen de forma positiva las conductas culturales, a los hombres que habitan Latinoamérica.

Bibliografía

Altamirano, Carlos (director), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Madrid, Katz Editores, 2008.

Altamirano, Carlos, *Para un programa de historia intelectual*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

Barajas Martínez, Luis Fernando, tesis de maestría “Una plutocracia literaria: crónica, crítica y poder en el modernismo mexicano”, 2014.

Benedict, Anderson, *Comunidades imaginadas, Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Cosío Villegas, Daniel, colaborador, *Historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 1995.

Cosío Villegas, Daniel, coordinador, *Historia general de México*, México, D.F. El Colegio de México, 1977.

Echeverría, Bolívar, “Un concepto de modernidad”, *Contrahistorias*, 11, septiembre-febrero de 2009, pp. 7-18.

Echeverría, Bolívar, *La modernidad de lo barroco*, México, Ediciones ERA, 1998

Escalante Gonzalbo, Fernando, *Ciudadanos imaginarios*, México, El Colegio de México, 1992.

Fernández de Lizardi, José Joaquín, *El pensador mexicano*, México, UNAM, Dirección General de Publicaciones, 1992.

Gonzales Casanova, Pablo, coord., *Cultura y creación intelectual en América Latina*, México, Siglo XXI, 1984.

González Stephan, Beatriz, *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional: la historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, Madrid, Iberoamericana, 2002.

Halperin, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1998.

Henríquez Ureña, Pedro, *Historia de la cultura en América Hispánica*, La Habana, Gente nueva, 1979.

Hernández Chávez, Alicia, *México, una breve historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Jaksic, Iván, Eduardo Posada Carbó, editores, *Liberalismo y poder, Latinoamérica en el siglo XIX*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2011.

Mignolo, Walter, *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*, Barcelona, Gedisa, 2007.

Ovejero, Félix, *Incluso un pueblo de demonios: democracia, liberalismo, republicanismo*, Barcelona, España, Katz, 2008.

Palti, Elías, *La nación como problema, Los historiadores y la "cuestión nacional"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2006.

Perus, Francois, *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, Instituto de Investigaciones Humanísticas, 1992.

Prieto, Guillermo, *Periodismo político y social*, presentación, comp. y notas Boris Rosen Jelomer ; prólogo, Florence Toussaint Alcaraz, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.

Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, México, Universidad Autónoma de Nuevo León, Fineo, 2009.

Ramírez, Ignacio, *Obras completas*, selección y estudios preliminar, Liliana Weinberg ; ensayos críticos, México, Fondo de Cultura Económica, 2009.

Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, Santiago, Cuarto propio-Callejón, 2003.

Rincón, Carlos, *El cambio actual de la noción de literatura y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

Romero, José Luis, *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.

Romero, José Luis, *Latinoamérica, Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Ruedas de la Serna, Jorge Antonio, *La misión del escritor: ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones, 1996.

Sábato, Ernesto, “Las letras y las artes en la crisis de nuestro tiempo”, en *El escritor y sus fantasmas*, Barcelona, Seix barral, 1979.

Sábato, Hilda, *Ciudadanía política y formación de las naciones, Perspectivas históricas de América Latina*, México, El Colegio de México, 1999.

Szurmuk, Mónica, coordinadora, *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*, México, Instituto Mora -Siglo XXI, 2009.

Vaz Ferreira, Carlos, *Moral para intelectuales*, Buenos Aires, Losada, 1962.

Zarco, Francisco, *Obras completas*, selección y prólogo de José Woldenberg, México, Cal y Arena, 2004.